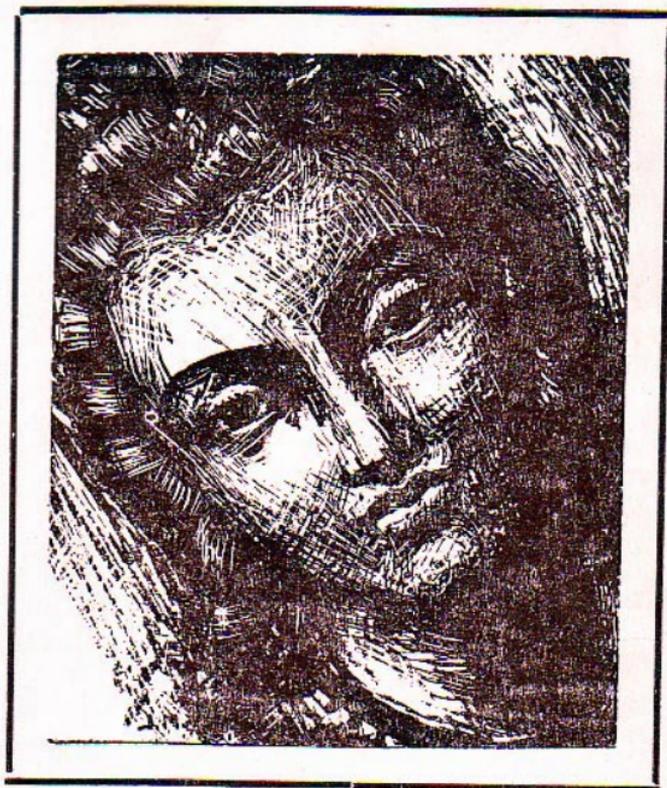


JOSEFINA MAYNADE



K R I S H N A

EDITORIAL ORION

MEXICO, D. F.

1959

www.upasika.com

Josefina Maynadé

K R I S H N A

(El Maestro de la Devoción)

SOC. TEOSOFICA DEL URUGUAY
BIBLIOTECA



EDITORIAL ORION

MEXICO, D. F.

1959

VICTOR ALVAREZ BIELEN

SOC. TEOSOFICA DEL URUGUAY

BIBLIOTECA

I

LA INDIA

Abarcando la inmensa región central y meridional del continente asiático, se extiende la península de la India que condensa en su vasto territorio la síntesis de todos los climas, desde las más encumbradas y heladas cimas del mundo, hasta las cálidas zonas tropicales.

Linda por el norte y el este con la China y el Tibet, por el oeste con el Beluquistán y la cordillera oriental del Indo-Kush y por el sur con el Océano Indico y el Mar de Arabia.

La configuración geográfica del país la determinan dos grandes triángulos de base yuxtapuesta cuyo vértice superior lo señala el curso del río Indo y el inferior se adentra en el Océano, rematando su punta la Isla de Ceilán. Otro río, el Ganges —que tiene nacimiento también en la cordillera del Hima-

laya, cerca de donde manan las fuentes del Indo— señala el lado este del triángulo norte, desembocando tras su larga trayectoria en el Golfo de Bengala. Ambos ríos han constituido siempre una maravillosa frontera natural para la zona empotrada en la tierra del continente, como el mar lo ha sido por la parte sur.

Esas dos grandes corrientes fluviales han significado, tanto por la razón geográfica como por la historia y configuración racial de las tierras que sazonan, el padre y la madre de la legendaria India, cuya génesis sagrada se oculta en el macizo montañoso del Himavat, que a ambos ríos da nacimiento.

Por ello, la mística tradición sitúa allí la cuna de sus dioses y de sus héroes.

Para los indos, la morada de sus divinidades se halla en el Monte Meru, el ombligo del mundo y la más alta de las cumbres del Himavat sagrado. Según los más antiguos Himnos laudatorios de la Montaña, su altísima, nevada cúpula rozaba el cielo. Por ello se la denominaba "la pura Región de Bienaventuranza".

La poesía ha revestido la montaña, meta-
te, de atributos preciosos. Así, fué



Higuera Baniana de la India.

“La Flor Sagrada” de cuyo divino pistilo nació la India. Otras veces se invocaba la Montaña de la sagrada tradición primitiva como “Arbol de la Vida” cuyas raíces se extendían por el vasto país semejante a una monstruosa Higuera Baniana cuyas raíces se plantan por sí solas clavando en el suelo sus largos, mecidos pedúnculos y extrayendo de la tierra la savia de un futuro tronco que irían

coronando sucesivamente, a manera de interminable dosel, las pródigas ramas.

A menudo llamaban también al Monte Meru *Hemadri*, la "Montaña de Oro". O *Ratnasanu*, la "Cima de las Gemas". O bien, por su misma configuración floral, *Karmikachala* o *Mahapadmi*, la "Montaña de Loto".

De este sacratísimo monte que "unía el mundo de arriba con el de abajo" o sea, el mundo espiritual con el mundo material, se derivó toda la antiquísima literatura sagrada, toda la teología y la teofanía de la remota civilización inda.

De allí nacieron, en torno a las faldas del Monte Meru, los cuatro lagos correspondientes a los cuatro puntos cardinales, estáticos mirajes de cuyas fuentes brotaban los cuatro grandes ríos de la Tierra.

Del cuerpo de Brahma, el supremo dios de la creación, sentado en la cumbre del Monte Meru, salieron asimismo las cuatro castas de la noble raza aria que se extendió, en los orígenes, por todo el triángulo norte.

Por lo demás, la India ha sido siempre un país que ha aunado a su sabiduría y a su

elevada mística, la fantasía de sus leyendas, el lujo de sus descripciones, la opulencia de sus riquezas y los múltiples valores de su arte.

Coronada, pues, por las altas murallas de sus cordilleras septentrionales, se extiende una llanura ubérrima que va remontando lentamente formando una vasta meseta, el centro del inmenso país.

Numerosos ríos surcan sus tierras de norte a sur atravesando en sus dilatados cursos fértiles vegas, valles deleitosos, selvas umbrías, ciudades blancas y cinceladas como joyas que tiemblan al mirarse en los anchos espejos fluviales o se doblan, extáticas, en los ojos dormidos de sus lagos.

Sin embargo, el mayor acúmulo de civilización y de riqueza ha correspondido siempre, merced a las dádivas naturales, a la cuenca maternal del Ganges, en la parte noreste de la India ya que a trechos, las vastas llanuras que riega el Indo por el oeste ofrecen extensiones yermas o pobres de vegetación.

Inicia el triángulo invertido meridional, en el punto de confluencia con el triángulo norte, la meseta de escasa altura que descien-

de dulcemente hacia el sur entre ricas praderas, bosques de maderas perfumadas, lianas y flores de aromas y coloridos incomparables.

Surcan esa cálida región mansos ríos que la estación de las grandes lluvias aumenta prodigiosamente hasta invadir las vegas y convertirlas en anchos lagos verdes, azules o malvas.

Pero en los terrenos de aluvión, el sopro intenso de los monzones del sur embebe pronto las aguas estancadas fertilizando los blandos terrenos pantanosos que se pueblan de enramadas silvestres y de bejucos donde proliferan, bajo la trama de las tupidas enredaderas, las guaridas inexpugnables de las panteras, los linceos, los leopardos, los zorros, las serpientes y los monos.

Todos los recursos vegetales abundan en los varios climas y geografías del viejo país y desde la más remota antigüedad se cultivó, a la vera de sus ríos, el lino, el algodón, el maíz gigante. El arroz abundaba en los terrenos pantanosos y en los remansos que formaban los grandes ríos.

En cuanto a las nobles y pródigas familias arbóreas, si en el norte, en las altas zo-

nas montañosas se dan los más gigantescos ejemplares de hayas y abetos, al descender sus faldas se admiran corpulentos cedros, erigidos rododendros, bosques inmensos de bambúes gigantes, paraísos y moradas de los numerosos rebaños de elefantes, de jabalíes y búfalos, de ciervos temerosos, de gacelas de grandes y asombrados ojos, de gamuzas y cabras montesas.

Cuando hacia el sur advienen las tierras calientes, abundan en la India los naranjos, los limoneros, las gráciles palmeras, las prodigiosas higueras banianas que, al unir sus cúpulas multiplicadas, forman verdaderos templos vivientes de erectas columnas vegetales.

Doquiera, en las zonas altas o en los cálidos llanos abundosos, los insectos gigantes de multicolores alas zumban su monodia al sol sobre los lampos de nieve o sobre el musgo de los tiernos prados, en torno a los estanques o bajo el verde techo de las selvas.

Pero la tradición maravillosa y fantástica de la India se ha debido principalmente al cultivo de sus ricas esencias, a sus metales y piedras preciosos: el oro de Maisur, las gemas de Golconda, el cobre y la plata del De-

cán, las perlas de los numerosos bancos de las costas del sur, y los corales blancos y rosa, el *cauri* o porcelana natural, más estimada un tiempo que todas las monedas y que abunda en los numerosos arrecifes que rematan el ángulo inferior de la India y que se extienden hasta la Isla de Ceilán. Esos arrecifes eran famosos en todo el mundo antiguo no sólo por su abundancia y rara belleza, sino por el valor que su materia representaba en la industria y el comercio.

Numerosos anillos de ese preciado coral sobresalian del mar como circulares islas de ensueño o marginando lagos estáticos, y constituían una anhelada cantera para los navegantes acudidos allí desde los más lejanos países en busca de la rara y codiciada mercancía.

Sobre ese suelo de privilegio, rico, feraz y variadisimo de la India misteriosa y legendaria, afluyeron, en un pasado remotísimo, gérmenes de razas trashumantes que allí se enraizaron y tomaron, andando los siglos, carta de naturaleza.

Las razas del sur, generalmente oscuras, penetraron en el país siguiendo las huellas de las caravanas migratorias que hacían

el recorrido del litoral del Golfo Pérsico y el Mar de Arabia, atravesando luego las enormes bocas del río Indo. Las del norte afluyeron por las rutas difíciles y escarpadas del sur del Caspio y los valles del Indo-Kush, o remontando las riberas del Oxus hasta sus fuentes del Penjab entrando por el noroeste del inmenso país.

Además de esos flancos de intrusión natural, siempre estuvieron abiertas para los aventureros y traficantes las puertas del mar que cincela todo el perímetro del triángulo invertido de sus costas. En ellas desembarcaron, a través de los siglos y los milenios, los navegantes y los poetas atraídos por sus fabulosas riquezas o por sus leyendas doradas.

Los primeros pregonaron por todo el mundo el caudal de sus tesoros naturales y de sus productos manufacturados: sus marfiles, sus raros diamantes, sus yacimientos corali-
genos sin par, sus perlas de oriente único, sus piedras preciosas, el arte famoso de sus sedas, los vaporosos enjorados saríes, sus colchas y cojines de telas riquísimas enarrazadas de raras gemas.

Los segundos iban en pos de sus bellezas: sus edificios, sus ciudades, su naturaleza, sus jardines de ensueño, sus palacios, sus costumbres, su sabiduría, sus imágenes poéticas, sus himnos sagrados, sus sugestivas tradiciones.

En todos sus aspectos, la India ha atraído siempre a las almas soñadoras, ambiciosas o ávidas de saber y de santidad. En su suelo magnético han tenido lugar los espectáculos más inverosímiles de hermosura y de magia. Y siempre tuvo fama de que, aquel que alimentó en su alma el anhelo de luz y de santidad, entra allí en relación con seres de privilegio y de elevada espiritualidad, cuyos orígenes se remontan hasta las mismas dinastías de sus dioses.

II

EL MISTERIO DEL NACIMIENTO

La base común de los dos triángulos yuxtapuestos que diseñan figurativamente el perímetro de la India, delimitaba en los orígenes no sólo dos geografías y dos globales características étnicas en el gran país asiático, sino dos opuestas ideologías.

La raza del norte se distinguía por su piel clara, de matiz dorado o aceitunado, la ario-escita o la ario-mogola. La del sur ofrecía una mezcla impura que dejaba entrever la raíz de una raza autóctona obscura entreverada de aportaciones y brotes de razas inferiores melanesias, negras, etiopes y rojizas de origen atlante que al mezclarse producían una turbia y compleja psicología de derivaciones a menudo crueles y pasionales en la mayoría de sus habitantes.

La rama más bella, la de piel más clara y transparente, de pureza incontaminada a tra-

vés de millares de sucesivas generaciones y que mantenía incólumes sus costumbres y sus tradiciones, procedía de las cimas montañosas del vértice septentrional del país.

Tales remotas inmigraciones se fueron sucediendo por etapas, conducidas y guiadas siempre por *rishis*, hombres de gran sabiduría, pureza y santidad, pertenecientes a la casta aria religiosa o *brahmánica*, y por sus reyes de casta *kshatriya*, guerreros de alcurnia con dotes excepcionales de mando y en posesión de enorme fuerza, destreza y osadía.

Según las crónicas, las primeras tribus arias que poblaron el norte de la India se establecieron en las vertientes de las montañas del oeste en torno a las veredas del Indo.

Así, impusieron a las tierras llanas del sur y del este, de grandeza infinita, el nombre del río y la llamaron India.

Después de aquellas primeras irrupciones de arios, se fueron sucediendo las invasiones vos uniéndose al engrandecimiento y proliferación y el suelo se fué poblando de habitantes nueva-
ración de los allí establecidos.

Las colonizaciones de los arios siguieron la dirección oeste-este. O sea que, atravesan-

do las zonas fértiles y montañosas de los siete grandes ríos de la India, llegaron a las márgenes generosas del río Ganges, el río Madre de sagradas aguas.

Por otro lado, las razas oscuras del sur fueron ascendiendo hasta escalar la vasta meseta central siguiendo sus mágicos ritos ancestrales. Sus adoraciones se centraban en torno a negros ídolos de representación femenina que exigían de sus adoradores sacrificios sangrientos.

Entre las tribus de los arios del norte se advertían dos categorías globales que se distinguían por un leve matiz de la piel. Las que procedían del noroeste, de Penjab, tenían la piel clara, de un leve tono amarillento. Las tribus establecidas en las llanuras del Ganges se caracterizaban por el color dorado del cutis. Pero a todos caracterizaba por igual la esbeltez del talle, la belleza de los rasgos y proporciones, la finura de las facciones, el grandor desmesurado de los ojos de largas y sedosas pestañas, los pómulos ligeramente salientes y una tendencia acentuada hacia el silencio y la introversión, las prácticas religiosas y las imágenes poéticas con que revestían las leyendas divinas transmitidas por sus antepasados.

Algunas de las más nobles tribus de piel amarillenta, tenían a gala ostentar una larga cabellera brillante y untuosa, de largos bucles, en tanto que sus hermanos de raza, establecidos en la parte nororiental, tenían los miembros por lo común más angulosos y acusados y poseían una hermosa cabellera lacia y negrísima.

Ambas fracciones de la raza aria establecidas en el suelo de la India desde las riberas del río Indo a las del Ganges, vivieron desde los tiempos inmemoriales en paz y espíritu de colaboración, ya que eran comunes sus dioses, sus leyes, sus leyendas sagradas y profanas y las tradiciones transmitidas por sus mayores.

Unos y otros fundaron florecientes ciudades y convirtieron sus tierras en campos cultivados, en ricas haciendas, en huertos y jardines. Sus comunes ideales alimentaban por igual sus cultos basados en las fuerzas universales y naturales, en sus sacrificios incruentos, en sus puras costumbres, en su sabia legislación social, en sus rituales cíclicos y sus grandes fiestas tradicionales en que intervenían los espíritus de los elementos y las oleadas de vida periódicas de Prakriti, la gran Madre, la Naturaleza.

Esos acendrados ideales, esa continuidad de las viejas costumbres, se impusieron siempre sobre el espíritu natural de predominancia, de soberbia y de codicia a que la riqueza y el poder inclinan siempre a sus poseedores.

Porque, andando los siglos, a la primitiva inestabilidad de la vida expuesta a los peligros de los fenómenos naturales; al intercambio y promiscuidad de bienes de los tiempos védicos y patriarcales, de sencillas y austeras costumbres, fué sucediendo poco a poco el apego a la propiedad, el orgullo de la opulencia, el acopio de bienes y territorios, palacios o ciudades, el ansia incontenible de boato y de poder.

Hará unos 6,500 años, en las postrimerías del ciclo zodiacal de Géminis, el mundo atravesaba, como en todos los fines y comienzos de una Era, un período crítico, caótico e inestable, prometedor de la aurora de una nueva civilización.

Sólo algunos sabios y santos *rishis* podían calibrar el significado de aquellos síntomas, atisbar las causas productoras del desequilibrio y malestar manifiestos y encuadrar los efectos dentro del proceso cósmico que los determinaba. Su santidad y su sabiduría leían el divino lenguaje de los aconte-

cimientos, la voluntad determinadora de las sucesivas corrientes de civilización y de vida colectiva y los factores de crecimiento de la humanidad.

Pero los que sólo eran capaces de enjuiciar los síntomas externos de tales críticos periodos y no apelaban al significado de las causas que los producían, eran víctimas del espejismo que deforma y quiebra la divina verdad que se oculta tras las imágenes o el *maya* de los acontecimientos externos.

Así, muchas personas inconscientes eran instrumentos ciegos de la crisis reinante. Y al intensificar, víctimas del medio ambiente, los defectos propios, colaboraban inconscientemente con las fuerzas destructoras que actúan y avasallan todo en tales períodos de traspaso, convirtiéndose así en agentes colaboradores del caos.

Uno de esos ciegos instrumentos del destino adverso de la sociedad en aquel período de desorientación y turbulencia, era Kansa, rey de la tribu aria de Yadú, establecida desde remotos tiempos en la región norteña del Punjab, famosa por sus cinco ríos.

Kansa era hombre de natural despótico y temperamento autoritario que el ejercicio del

mando había incrementado; ensoberbeciéndolo hasta la crueldad.

En su interior abrigaba un secreto odio contra el destino que se negaba a concederle sucesión. Brahma, el gran dios creador, le había negado sistemáticamente la descendencia.

En vano había hecho las más generosas ofrendas a los dioses todos. Atendiendo al consejo de sus mujeres había sacrificado en las lunas llenas, animales hembras de todas las especies a las esposas de la Trimurti india: Sarasvati, esposa de Brahma; Lakshmi, amada de Vishnú y Parvati, la esposa de Shiva, ya que había la creencia de que ellas otorgaban a sus adoradores la fecundidad.

Al ver que tales ofrendas y sacrificios no bastaban a hacerse propicias a las grandes diosas concediéndole el hijo deseado, tomó por mujer a una negra de las razas impuras del sur, que tenían fama de prolíficas.

A instancias de ella intensificó los sacrificios invocando a través de un repugnante ritual, a su diosa Kali, deidad maligna que gozaba de las cruentas dádivas. El ídolo de la diosa negra fué regado profusamente con la sangre inocente de numerosas vícti-

mas, cabras y ovejas próximas a la maternidad, gratas a aquella diosa.

Pero tampoco ella condescendía a los sacrificios y a las fervientes súplicas. Y el anhelado sucesor del trono de Kansa, heredado de sus antepasados, no venía.

En vista de ello, decidió consultar su porvenir y el de su reino a un famoso *brahmán* que gozaba fama en todo el país de profeta y de vidente.

A la llamada del rey acudió el anciano adivino a palacio. Y al imperativo requerimiento de Kansa, se sometió a los ayunos y mortificaciones que la consulta a los dioses demandaba. Por fin obtuvo la superior respuesta y dijo al rey estas palabras:

—La voluntad de los dioses, padres y antecesores de tu dinastía, es que el heredero de tu reino no nacerá de ti, sino de tu hermana Devaki. Su poder y sabiduría serán tales que su fama trascenderá tus dominios extendiéndose sobre todos los pueblos arios de la India y será adorado por la posteridad como un dios.

La respuesta del profeta encendió una llamarada de cólera y de despecho en el endu-

recido corazón del rey. Y exclamó en tono iracundo:

—¡Maldito seas tú y tus genios transmisores!

Y echó al venerable *brahmán* a empujones de su palacio.

Inmediatamente mandó encerrar a su dulce hermana, la virgen Devaki, en un oscuro calabozo, dispuesto por todos los medios a que la profecía del adivino no se cumpliera.

Pero las palabras del sabio habían tenido profuso eco en palacio, trascendieron sus muros, y llegaron a conocimiento de los mejores ciudadanos del reino.

Al efecto, se pusieron de acuerdo algunos de esos súbditos, inconformes con las disposiciones y la conducta de su rey, y decidieron convertirse en instrumentos de la divina voluntad, actuando de acuerdo con ella.

A tal fin lograron una noche burlar la vigilancia del calabozo donde se hallaba encerrada la inocente y hermosa Devaki, la liberaron de su lóbrego encierro y la pusieron secretamente, por consejo del sabio *brahmán*, en manos de una ignorada comunidad de anacoretas de su casta que vivían religiosa-

mente y cuyo jefe y maestro era el gran *rishi* Vasistha.

Bajo la guía y enseñanza de ese santo *brahmán*, los anacoretas, amparados en la paz que envolvía las encumbradas regiones de la cordillera del sagrado Himavat, vivían consagrados al estudio, la meditación y las prácticas religiosas.

Allí, en aquellos plácidos y recoletos parajes de sin par belleza, libre, segura y confortada por los solícitos cuidados y consejos de Vasistha y de la comunidad toda, halló Devaki la salud del cuerpo y la paz del espíritu.

Entre los anacoretas había uno llamado Vasudeva, el más joven y apuesto de todos, puro y limpio de cuerpo y alma, adorador constante de Brahma, el gran dios creador de la *Trimurti* indo-aria. El devolvió la fe a Devaki y le comunicó la alegría de vivir. Juntos realizaban a menudo las prácticas devotas y las místicas meditaciones que atraían a los grandes *Devas* ⁽¹⁾ del lugar.

Tenía Vasudeva unos grandes y aterciopelados ojos, de detenido y profundo mirar. Tocaba a la perfección la flauta y la vina.

(1) Angeles en la literatura sánscrita.

instrumentos que él mismo confeccionaba en sus ratos de ocio. Conocía todas las leyendas sagradas y las historias de los remotos antepasados.

Era parco en palabras, pero recitaba con voz queda y melodiosa, con grandes pausas, los primitivos versículos de los "Vedas", los divinos Himnos de alabanza y súplica que tenían poder sobre la voluntad de los dioses y sobre las fuerzas de la Naturaleza.

Devaki oía extasiada los relatos de boca de Vasudeva y gustaba de oírle recitar los Himnos acompañados con los sonos armoniosos de la vina que tenían la virtud de transportarla a las sublimes mansiones donde moran los dioses, al *Svarga* (2) del sagrado Monte Meru, en cuyas faldas habitaban.

A menudo, cuando los preceptos religiosos imponían silencio al joven anacoreta, al observar el mudo requerimiento de ella, confiaba a los dulces sonos de la flauta de bambú la tierna expresión de sus sentimientos hacia ella.

A la virgen princesa, la música y las palabras de Vasudeva le parecían un trasunto

(2) Cielo o Paraíso indo.

de la voz misteriosa de la Naturaleza que le hablaba en torno. El timbre de la voz del joven *brahmán* le parecía tan grato como el rumor de las fuentes, las modulaciones de la brisa o el arrullo de las palomas torcaces cuando construyen sus nidos de amor.

Y el alma enternecida de Devaki experimentaba una beatitud, una entrega total que era como una forma imprecisa de adoración divina.

Algunas veces, insensiblemente, las manos de ambos se unían en una misma preza fervorosa y compartida que abarcaba al Universo entero.

Pasó tiempo...

La frecuente contemplación de la recatada hermosura y la humildad de Devaki, hizo nacer en el corazón sensible de Vasudeva un puro y creciente amor. Adoraba a Devaki como a una deidad femenina, como la suma viiente de todas las diosas que habitaban en la cima del Monte Meru.

Devaki correspondía en secreto a las dulces y ardientes miradas de amor de Vasudeva. Cuando así la contemplaba, larga y fija-

mente, le parecía a la princesa que la envolvían los rayos de otro cálido sol interno y misterioso.

Era un día de esplendoroso verano. Toda la región himaláyica palpitaba de generosa vida. Comenzaba la primavera de la altura, fresco el aire en la noche, cálido en el día. La agreste Naturaleza reverdecía y una infinita variedad de flores tapizaba los prados y ornaba como tejidos mantos las faldas de las montañas, embalsamando las pasajeras brisas y atrayendo con sus monótonos zumbidos miles de insectos multicolores.

Los pájaros de pintadas alas ofrendaban al sol la alegría de sus trinos y se acercaban a la feliz pareja tomando de sus manos la ofrecida pitanza cotidiana.

Todo cantaba en voz alta su amor como si la Naturaleza entera se hiciera intérprete de sus sentimientos, menos Devaki y Vasudeva que paseaban a la sazón en silencio, cogidos de la mano, por un senderillo verde, bordeado de altos matojos que conducía a uno de los más recatados y encantadores lugares de la montaña.

Llegaron a una fuente escondida entre claras yedras y oscuros musgos donde Devaki acostumbraba bañarse cada aurora.

Allí se dieron mutuamente de beber en el cuenco de sus manos. Luego miraron un rato sus efigies juntas en el espejo inmóvil de un remanso, y sonrieron.

El canto de unos pájaros desde unas matas que les cubrían, les hicieron a ambos levantar los ojos. Y al ver que juntaban con amor sus picos, sintieron el impulso de imitarles y se besaron larga y dulcemente. Y la fuente se sumó como una música al rumor de sus besos.

Los grandes Devas que habitaban las faldas del Monte Meru los vieron y se regocijaron del amor que unía, por la soberana voluntad del dios creador de la *Trimurti*, a Devaki y Vasudeva.

Sumergida Devaki en el éxtasis de una felicidad sin límites, rodeada de atenciones y de ofrendas, transcurrieron varias lunaciones. Reconfortada por las pruebas de constante amor de Vasudeva y las bendiciones de Vasistha y de todos los anacoretas, se sentía inefablemente completada.

Y un dichoso día, cuando el pico más alto del Monte Meru saludaba al primer rayo de sol de la Tierra Indica y las faldas de la montaña sagrada comenzaban a teñirse de una suave luz rosada, Devaki dió a luz al Anunciado, en la cueva que le servía de aposento y cuya entrada velaban cortinas de lianas y floridas madresevas.

Aquella bendita alcoba natural era más querida para Devaki que las más lujosas cámaras palaciegas.

Cuando el sol de la mañana proyectaba sus finos encajes de luz sobre el mullido lecho de hierbas aromáticas donde Devaki dormía, el anciano Vasistha acudió como iluminado, presintiendo el fausto acontecimiento, seguido de la comunidad de anacoretas.

Y apartando suavemente la cortina de lianas, vieron con ojos humedecidos, desde el umbral, cómo Devaki les tendía, como una ofrenda, a un niño maravilloso que agitando sus menudos miembros, les sonreía como un tierno dios.

Todos los anacoretas se postraron ante él, porque vieron la luz que lo circundaba. Y le dieron la bienvenida al mundo.



Devaki y su hijo Krishna.

Le pusieron el armonioso nombre de Krishna. Lo bendijeron, pronunciando ante él los más altos augurios y le cantaron himnos de gracia que sólo pueden cantarse ante el advenimiento de un avatar divino.

Por fin, Vasistha se aproximó al lecho y dijo, mirando tiernamente a la madre y al hijo:

—Tu ofrenda al mundo, ¡oh Devaki! te iguala en categoría al más alto grado de santidad. Eres sagrada. De ti acaba de nacer el Enviado, la encarnación del Maestro de las Edades.

En tanto la poesía, la placidez y el beneplácito de los dioses protectores envolvían el nacimiento de Krishna en aquellas ignoradas soledades del sagrado Himavat, allá en la llanura, el rey Kansa, despechado por la evasión de su hermana Devaki y temeroso de que de ella naciera el anunciado sucesor que reinaría sobre la noble raza, mandó asesinar a todos los niños que nacieran en aquel período dentro de los límites de su reino.

Pero aquel rey cruel ignoraba la suprema e imperativa voluntad del destino y el venerable refugio de los anacoretas. Y el que tenía por misión instituir las leyes de un más alto reino, creció allí, protegido por las poderosas deidades de aquel lugar bendito, donde no penetran ninguna forma de maldad ni miseria humanas.

III

JUVENTUD DE KRISHNA Y MUERTE DE DEVAKI

Al pie del Monte Meru, custodiado por los buenos anacoretas, cuidado como una flor de privilegio por su madre Devaki y educado por los santos y sabios brahmanes en los altos principios de su religión, fué desenvolviéndose la niñez de Krishna en el más propicio de los ambientes para el mensaje futuro.

Desde su edad temprana, lo alimentaron con su dulce leche las ovejas y las cabras montaraces. Con ellas aprendió el divino niño a corretear alegremente por los prados, a trepar por los riscos y a deambular por los senderillos empinados de la montaña con los pastores y los rebaños.

Ya mayorcito, buscó las aventuras de las selvas cercanas, el nacimiento de los ríos, la gloria de las alturas soberanas.

Mimado por su madre que lo miraba crecer como el supremo milagro de la vida; instruido por Vasistha y Vasudeva; atendido por los sabios y devotos eremitas de la comunidad, que lo adoraban, llegó Krishna a los umbrales de la hombría sano y bello de cuerpo, de penetrante y deslumbradora inteligencia, con una disposición tierna y sensible a toda belleza y a todo bien, con una capacidad inquisitiva y creadora que sorprendía a cuantos lo rodeaban.

Poco a poco se iba revelando como templo vivo, como instrumento de la Entidad que debía transmitir, por su mediación, el Mensaje espiritual de la Era que comenzaba para la humanidad.

Krishna se había transformado en un hermoso mancebo, ejemplo y prez de su raza. Sus formas eran suaves y redondeadas como si su cuerpo fuera la expresión sublimada de la condición masculina y de la femenina.

Tenia la piel sedosa, del color del oro pálido. Destacaban en su faz de líneas correctísimas los pómulos ligeramente prominentes. Tenía los labios carnosos, los ojos profundos, grandes como dos lotos a medio cerrar.

ensombrecidos por largas y combas pestañas, negras como sus pupilas.

Tenía la expresión grave, indefinidamente seria, pero sus ojos sonreían por su boca, casi siempre sellada.

Su abundante y rizada cabellera formaba un marco esplendente, de un negro azulado, en torno al óvalo de su cara dulcísima, que accentuaba la inclinación frecuente de la cabeza hacia el hombro derecho.

Era el maravilloso muchacho la alegría y el orgullo de toda la comunidad. Celaban los anacoretas su desenvolvimiento y descubrían cada día nuevas y sorprendentes dotes en él como anticipados dones debidos a la transformación del mundo. Todos, sin excepción, consideraban su compañía un privilegio que les había otorgado la Divinidad.

Devaki y los anacoretas lo apodaban, cariñosamente, *Kezava*, que quiere decir "El de abundante cabellera". Otras veces le llamaban *Govinda* o "Pastor" ya que gozaba llevando a apacentar las vacas, las ovejas y las cabras de dulce leche por los prados de nutritivos pastizales o por las laderas de la montaña donde corrían torrentes de agua cantarina, entre flores y hierbas de olor.

Vasistha enseñaba a Krishna la sabiduría de los textos sagrados y las leyes de Manú. Su padre, la música y el canto de los Himnos Védicos. Tañía con arte singular la vina de largas cuerdas, sensible como un corazón. Cuando modulaba la flauta, vibraba en ella la armonía de la Naturaleza y sus leyes rítmicas, porque poseía el mágico secreto de evocarlas.

Vivía Devaki como en perpetuo éxtasis, suspensa de la hermosura, la gracia y la sabiduría de su hijo. Lo veía crecer, aproximándose a su meta humana y admiraba como una flor de privilegio su delicada belleza.

Por la clarividencia que da el amor, se iba sin embargo cerciorando de que aquel hijo predestinado se desgajaba poco a poco de su maternal tutela, como si se evadiera fatalmente del centro de sus constantes contemplaciones.

Entonces se apoderaba de su alma una secreta melancolía. Presentía su corazón que pronto, obedeciendo el alto imperativo de su destino, su hijo la abandonaría.

Krishna lo era todo para ella. Miraba con sus ojos la hermosura de las cosas. Por él se

llenaba de paz. A través del hijo sentía la divinidad de la vida en cuanto la rodeaba y percibía su mensaje inefable como si se abrieran sus oídos a un doble mundo revelador y fascinante.

A veces sentía su propio eco en la voz del hijo con una lejana repercusión en el espacio y en el tiempo y vivía entonces como suspensa de la llamada definitiva de su inédito mensaje. Pero si se miraba a sí misma tenía la certeza de que su misión de madre tocaba a su fin y le faltaba la fuerza para afrontar esta suprema renuncia.

Krishna percibía, a través de su delicada sensibilidad, el secreto dolor de la madre y extremaba su ternura hacia ella. Le llevaba flores con mayor frecuencia, cultivaba con amor los panales de la mejor miel, plantando en torno plantas balsámicas. Le llevaba pavos reales de esplendoroso plumaje para que luciesen ante ella el iris maravilloso de su cola izada en vanidoso arco. Ponía cisnes en los lagos de altura, rodeados de frondas, próximos a los parajes que habitaban para que su alba hermosura la solazara y colocaba sobre su regazo dulces gacelas retozonas de grandes y asombrados ojos para que deposi-



Ponía cisnes en los lagos de altura...

tara en ellas parte de su caudal inmenso de ternura.

Pero todo era en vano. Devaki languidecía poco a poco del extraño mal de su corazón. Al llegar el otoño, su faz fué adquiriendo el suave color amarillo de las hojas de los árboles.

Y un día, imperceptiblemente, sus ojos se cerraron para siempre, como se cierran los pétalos de los nenúfares de las lagunas inmóviles al fenecer el día.

Krishna sintió entonces como si todo su ser se desarraigara del lugar, del tiempo, ajeno a toda manifestación de la vida que le rodeaba. Andaba mudo y errante, como si flotara, por las sendas amables que tantas veces transitara en compañía de la madre muerta.

Le embargaba una inconsolable tristeza. Y amaba más la lluvia porque, al levantar implorando su mirada al cielo, sus lágrimas resbalaban ignoradas al sumarse al don de las nubes.

A menudo le parecía como si su corazón se hubiera desgajado por entero de la raíz que le unía a la tierra. Y abrazaba tierna-

mente a las gacelas asustadizas y daba de comer a los pájaros que en un tiempo requerían el alimento de manos de Devaki, tratando de hallar en ese compensar la tristeza de los demás, consuelo a la suya.

Miraba en torno con ojos apagados. ¿Qué significaban ya para él, desaparecida la luz de su mirar, la madre adorada, aquellos lugares ya inhóspitos y solitarios, que le evocaban sin cesar tiempos amables?

La nostalgia se apoderaba cada día más del desolado corazón del mozo. ¡Se sentía tan solo! Débil y abandonado, le parecía como si reverdeciera en él la primera infancia.

¿Cómo podría vivir sin su cariño? Anhelaba la proximidad de la mujer, madre o hermana, dulce compañera. Amaba va a Devaki como una representación glorificada de lo eterno femenino, la mujer como divinidad de la tierra con todas sus innúmeras cualidades y transformaciones.

La necesitaba como complemento y estímulo, como sueño y realidad, como fortaleza y dulzura, como indestructible ideal.

Por insinuación del sabio Vasistha trató de hallar consuelo en los textos sagrados.

Buscó consejo en sus compañeros de comunidad, afán renovado en sus deliberaciones, enseñanza en sus pláticas, soporte en sus ritos y alegría en sus cantos.

Pero todo era en vano. Al invocar para su interno sostén a los dioses, aparecía casi tangible en su imaginación el adorable doble femenino de cada deidad. Y por efecto de una misteriosa metamorfosis sentimental, se convertían en la figura de Devaki que tendía hacia él los brazos y le sonreía.

Por consejo de su padre, buscó distracción en la música. Labraba vinas de sonos dulcísimos, tallaba flautas del mejor bambú y bajo la dirección técnica de su padre, lograba modular en ellas los siete sonidos perfectos de la Naturaleza concordados con los astros. Sin embargo, nada lograba mitigar la profunda desazón de su ánimo.

En vista de ello, lo condujo un buen día Vasudeva a un elevado paraje desde donde se divisaban, a lo lejos, las llanuras del sur, surcadas por mansos ríos.

—¿Ves —le dijo, señalando un punto de la lejanía— aquel río que serpentea re-verberando a la luz del sol, oculto entre bos-

ques y cañaverales gigantes? Es el sagrado río Ganges.

Miró Krishna en aquella dirección mostrada, con los ojos semientornados, casi cegados por el ardiente sol de la incipiente primavera, y siguió hasta las veladuras del horizonte, la ancha cinta de plata viva.

Vasudeva prosiguió:

--Su manantial nace aquí, junto a este despeñadero próximo, entre la espesura, oculto por aquellas peñas. Alimentan su caudal estas ingentes montañas. Es el símbolo de la gran India. Si buscas su fuente original, hallarás el espíritu y la forma de la Madre Eterna. Allí se te revelará el misterio de la vida. Esa fuente guarda el secreto de la alegría perdurable. En sus aguas subyace la gracia de la purificación. Allí puedes lavarte de la tristeza, ese mal humano que contamina a los demás. Los dioses están siempre alegres. Por eso, esa fuente que del seno de la divina montaña eternamente mana, es el símbolo para todo un pueblo, de la alegría y de la resurrección. Sigue después el caudal sagrado que transfigura las almas. Cuando a tu corazón asome un atisbo de la pasada tristeza, no vuelvas la vista atrás.

Sigue adelante, como el río, y escucha el consejo que murmuran sus aguas. Las aguas del Ganges dicen cosas y llevan músicas que no pueden oírse en otros ríos. Si las escuchas bien, ellas te comunicarán el dictado amoroso de la Gran Madre...

Krishna escuchaba a su progenitor, como alucinado.

Cuando Vasudeva observó que en el semblante absorto de su hijo asomaba por fin, una leve, insinuada sonrisa, lo abrazó con ardor y añadió:

—Ve, hijo mío...



IV

KRISHNA Y LAS GOPIS

Triscando ágilmente como un cabritillo, se lanzó Krishna monte abajo.

Salvó, rodeándolos, los enormes despeñaderos rocosos, se abrió paso entre las selváticas marañas y llegado al lugar señalado por su padre, buscó con afán de enamorado la Madre del sacro río.

Y tras aquella adusta máscara de la montaña himaláyica, halló por fin uno de los más bellos e imponentes parajes que la imaginación más ardiente pudiera soñar.

Unidas en su cima, separadas en su base, dos enormes rocas formaban una hendidura semejante al pórtico de un templo natural de prodigiosas proporciones.

Franqueó, aún, tímido, el umbral. Una verde penumbra lo envolvió. Antes de que

sus ojos pudieran descubrir el ansiado naciente, velado por tupidas cortinas de plantas de hojas finísimas, oyó el canto escondido del manantial.

Siguiendo aquella dirección, abrióse paso entre la leve verdura de aquella penumbrosa cámara. En el fondo, surgiendo de una peña húmeda y satinada de musgo de diversos matices, vió brillar el chorro recoleto y pródigo de la fuente primigenia del sagrado río.

Bebió sus frescas aguas y experimentó la virtud de su magia consoladora. Bañó entonces su cuerpo dorado en la fuente pródiga. Un gozo desconocido le invadió como si de pronto se hallara bajo un benéfico hechizo.

¡La Madre del río! Si el río que ahí nacía tan recatadamente era la madre de toda la India y el río tenía madre, aquella fuente era la imagen viva de Devaki, porque indio era él y lo eran todos sus ascendientes y sentía en aquel momento a la India toda, sus tierras, sus numerosos habitantes, sus paisajes frígidos o tórridos, áridos o umbríos con sus ciudades y sus campos, sus llanos y sus mon-

tañas, dentro de su corazón, como si formarían parte de su propia naturaleza ancestral.

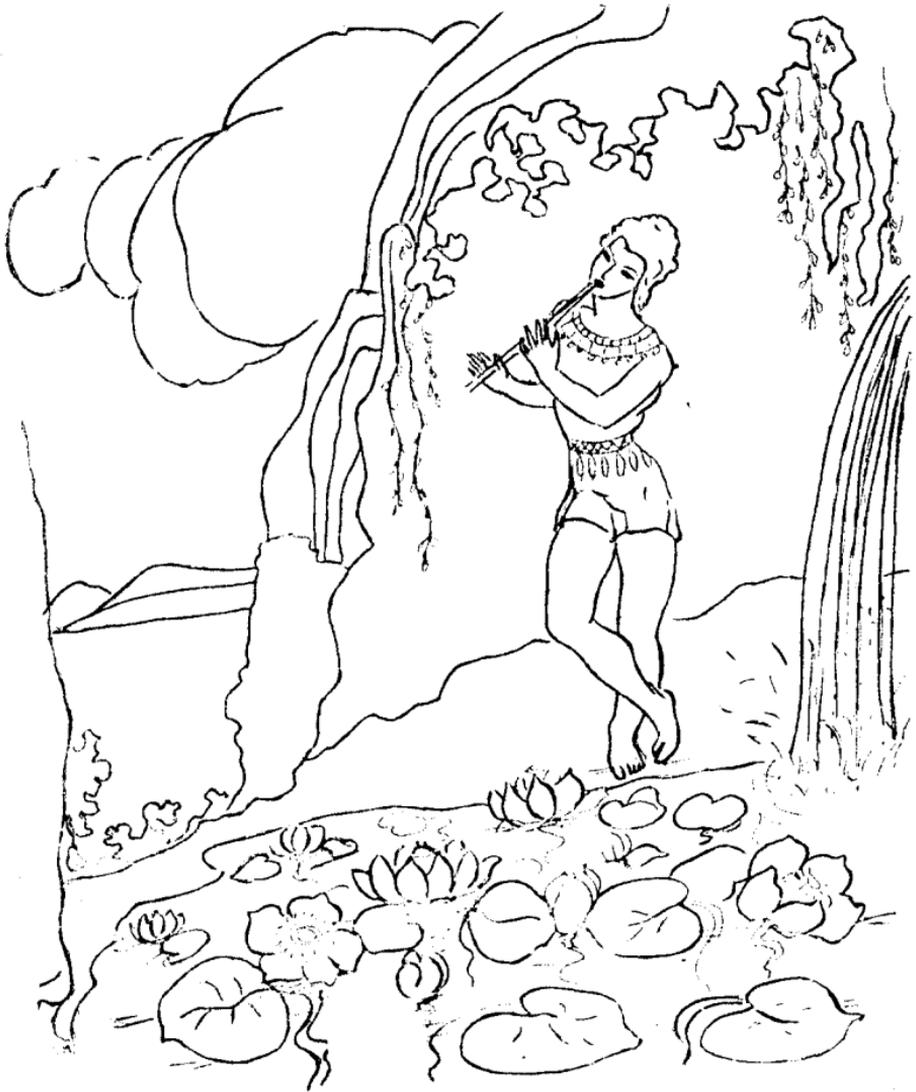
Un canto leve de alargados acentos suavísimos, como la misma monodia de la fuente, brotó de su garganta, semejante a otro nacido manantial de alegría y de alabanza.

Se vistió y reconoció minuciosamente la umbrosa cámara natural donde moraba perennemente la madre del río. A un lado, el agua remansada formaba un pequeño estanque de cuyo fondo verde claro surgían a la superficie los tallos ondulantes de unos lotos inmensos que se abrían como estrellas en la superficie de las aguas.

Contempló las flores. De pronto, al ritmo de su recobrada alegría le pareció que los tallos de aquellos blancos lotos se movían suavemente en el fondo del estanque.

¿Era que danzaban? ¿Y no era aquella danza a manera de un himno plástico que las flores consagraban a la divinidad del naciente Ganges?

Entonces se irguió en el borde mismo del estanque y vió su propia imagen nacer del fondo verde, ondulada como el tallo de las flores. Y al compás de su flauta, inició una



Unos lotos inmensos se abrían como estrellas .

danza original, pura y frenada, como si gloriosara con sus apenas insinuados movimientos, el origen de la creación.

Miró en torno suyo. Sí, toda la vida era expresión de aquel sagrado ritmo recién descubierto. Todo danzaba en torno suyo. Danzaba la fuente, las flores, las yedras que velaban el umbral.

Al franquearlas, vió por primera vez que, fuera, todo danzaba también: las hierbas, los árboles, las nubes, las aves voladoras . .

Pero toda aquella danza universal tenía para él origen en la fuente. Allí, frente a la plena luz del extenso panorama que ante sus ojos se extendía, le pareció que el velado canto de la fuente era una oración que sus aguas incrementadas y deslizantes, repetirían en el luengo curso de su sagrado recorrido, allende las tierras bajas. Luego, millares de bocas la corearían unidas por una misma devoción.

A través de la danza había descubierto el místico origen de la vida y la form aprístina de la unión. La palabra ungiada de la Divinidad.

Su mente se iluminaba. Las eternas verdades que aprendiera entre los anacoretas, brotaban con un acento revelador, risueño e íntimo, ardiente y simple, no de su mente, sino de su corazón. Las comprendía porque había descubierto el misterio del amor cósmico en la forma de la devoción, capaz de dilatarse hasta lo infinito como las aguas del río.

Sabía ahora por qué Brahma, el dios supremo, había creado el mundo danzando. Sabía por qué Vishnú, el dios conservador, imagen del tiempo, vehículo de la evolución, se manifestaban en la vida en forma de perenne danza. Y sabía también por qué Shiva, el tercer dios de la *Trimurti Inda* al final de los grandes ciclos de la historia, agotada la morada del mundo, iniciaba una danza trepidante y frenética, poderosa como los rayos celestes, quebrando montes y llanos, sumergiendo continentes, dividiendo mares, transformando y purificando el mundo y rehaciéndolo para servir de morada a nuevas humanidades.

Una alegría incontenible desbordaba del corazón recobrado de Krishna.

Tendió ambos brazos en un ansia ardiente de abrazarlo todo, de unirse a toda manifestación de vida del Universo y bendijo el entrevisto milagro. Ya llevaría con él, en adelante, no sólo a su madre, sino a todas las madres del mundo. Devaki estaba allí, en la fuente, identificada en el amor de su danza, en la recién descubierta lengua de amor y de sabiduría con que hablaría, en adelante, a la humanidad.

Ya no recitaría los himnos aprendidos de los antepasados como cuando se hallaba entre la comunidad de los anacoretas. Brotarían espontáneos de sus labios dictados por el Espíritu de la Nueva Edad, como brotaban los lotos en el verde estanque.

Siguiendo la incipiente, tímida corriente oculta entre bejucos y dulces gramas, torpe y lenta a trechos, a trechos despeñada y presurosa, la vió salir más lejos, incrementada ya por otros modestos afluentes, como una desnuda divinidad, a la luz del día.

La vió más tarde torcer su curso, cantando más alto ante los obstáculos interpuestos a su paso, creciendo, aumentando milagrosamente su caudal, corriendo segura, tie-

rras abajo, hasta convertirse en corriente magna de voz profunda.

¡Cómo había crecido el río! Al par de su caudal centelleante, reposado y seguro, Krishna se sentía crecer. Siguiendo la vera del río, un proceso indefinido de inefable enriquecimiento interior, afirmaba el inédito mensaje en el fondo de su alma.

Pero, ¿dónde estaba el requerimiento? ¿A quién podría que no fuera la abundosa Naturaleza, hablar, cantar, danzar? ¿Quién le escucharía además de las canoras aves? Sentía que, en su interior, otra fuente de vida pugnaba por brotar y derramarse y fluir allende las tierras llanas, buscando el cauce de pueblos y de multitudes.

Siguió andando y danzando gozosamente, siempre a la orilla del Ganges.

Llegó a un paraje adorable. Miró en torno, como hechizado. ¡Cuánta hermosura le rodeaba! Praderas de cespced tierno y jóvenes árboles frutales, en cuanto abarcaba la mirada, hasta el término de las montañas azules.

Ante tanta belleza, el mismo río, allí más ancho, parecía detenido reflejando las lin-

des florecidas, como codicioso de duplicarlas y absorberlas.

De una a otra orilla del río, aparecían a manera de puentes para vadearlo a pie, unos enormes guijarros bruñidos por el agua y el sol.

¿Quién saltaría por aquellas suaves peñas? pensó Krishna. Pero a nadie veía en torno.

Al cabo de un rato vió aparecer, para abrevarse en la orilla, un rebaño de menudas vacas de dorados cuernos y pródigas ubres. Más allá, rumiando plácidamente, vió unas cabras pintadas seguidas de unos tiernos cabritillos retozones. Por fin aparecieron al fondo, en plena pradera soleada, manadas de ovejas gordas, de albos vellones.

Allí comenzaban las tierras feraces que el pródigo Ganges alimentaba. Krishna se tendió beatíficamente sobre la hierba fresca, entre el sol y la sombra de unos limoneros en flor, aspirando el aroma del azahar.

Le pareció al poco rato que cerca de él se desgranaban, como pequeñas cuentas de perlas, unas risas frenadas. Se irguió, presuroso.

De entre unos espesos matorrales comenzaron a aparecer, tímidas y cautelosas, unas gentiles *Gopis*, doncellas pastoras del lugar.

Al verlas, y como expresión de su haciente gozo, comenzó Krishna a danzar, buscando el vivo testimonio del río.

Las pastoras, sorprendidas, siguieron sus movimientos a distancia. Creían contemplar un joven dios, descendido del sagrado Himavat. Luego se fueron acercando a él, poco a poco.

Krishna las contempló entonces a su sabor. A medida de esa extática contemplación, su rostro quedó como demudado. Y se quedó quieto, inmóvil como una estatua en la misma orilla del río, como paralizado por un súbito deslumbramiento. ¡Nunca habían contemplando sus ojos más mujer que su madre!

Le parecía a Krishna como si Prakriti, la Madre del Mundo, le devolviera milagrosamente a Devaki multiplicada en las gráciles figuras de las bellas pastoras.

Entonces, presa de incontenible alegría, corrió hacia ellas con los brazos tendidos, anheloso de abrazarlas.

Movidas por extraño instinto, huyeron ellas, gritando despavoridas y buscaron refugio entre la espesura. A sus gritos los rebaños apacibles corrieron también para ponerse a salvo.

Krishna quedó desconcertado. Mohino y solo, vagó entristecido por los prados enjorjados de flores.

¿Habría sufrido una alucinación? Se frotó los ojos. Y dijo, en voz alta:

—Madre mía, ¿qué he hecho yo para que así me abandones? ¿Acaso soñé?

Vió entonces aparecer un cabritillo. Tras él, ya tranquilizados, los rebaños y por fin asomaron, una tras otra, arrepentidas y como contritas, las pastoras.

Krishna no se movió, pero sus ojos sonrieron al mirarlas en torno suyo, como requiriéndole en silencio.

Al cabo de un buen rato, una de las *Gopis* se atrevió a hablar. Y con voz apenas perceptible, musical y candorosa, dijo:

—¿Quién eres tú, en todo parecido a una divinidad?

Otra añadió con emocionado acento:

—¿Te dejaste en el Monte Meru, Aswin¹ descendido, tu carro de oro?

—Es Nataraja, el bailarín cósmico...
—coreó, más osada, otra, con voz segura y afirmativa.

Y así diciendo, fueron estrechando el círculo en torno al intruso.

Krishna nada contestó, pero contemplaba, feliz y complacido, el cercano círculo de aquellas hermosas mujeres con sus ojos detenidos y semientornados, que siempre sonreían.

¡Cuán hermosas eran! ¡Cuánto se parecían, en verdad, a su madre Devaki!

Una de las *Gopis*, se dirigió a sus compañeras diciendo con fugitivo acento:

—Mi corazón presente en él al divino Esperado...

—Así también mi corazón lo dice —reafirmó otra.

Por fin habló Krishna y dijo:

(1) Uno de los Dioses gemelos llamados "Los divinos aurigas".

—Todo eso soy para vosotras, hermosas pastoras, como sois para mí hermanas, compañeras, madres. . .

Unas contuvieron la risa. Otras sintieron que se les detenían, al escuchar al extranjero, los latidos del corazón.

Dirigiéndose Krishna a la pastora que le comparara al dios de la *Trimurti*, le dijo estas palabras:

—Dios soy, si en tí evoco la divinidad.

—¿Eres Shiva y pretendes anunciar con tu danza el fin del mundo? —preguntó la aludida.

—Shiva toma la forma imaginada por aquellos que le adoran —añadió él.

—Eres sabio —díjole entonces la *Gopi* de más hondo e inteligente mirar. —Yo anhelo la sabiduría. . .

—¡Quédate con nosotras! —añadieron varias a la vez. —Quédate, y te daremos la leche de nuestras cabras, el queso de nuestras ovejas, los frutos de nuestros campos y de nuestras huertas.



Krishna con las Gopis.

Krishna no podía expresar con palabras aquello que su alma experimentaba. Tomó la flauta que llevaba sujeta al ceñidor, y tocó para ellas en agradecimiento las más dulces melodías mientras, con insinuados movimientos rítmicos de su cuerpo, acompañaba la música expresiva y graciosamente.

Las *Gopis* lo oían y lo contemplaban extasiadas. Prendidas del hechizo de la música, trataron también de danzar en espontáneo corro, en torno al gentil muchacho parecido a un dios.

Al verlas, los cabritillos y los corderos lechales acudieron saltando, retozando y dando balidos, con alegre algazara.

Aquella ingenua e improvisada coreografía campestre, era más dulce a las miradas de los dioses que todas las ofrendas de manteca y miel.

Tomó luego de buena gana el recién llegado los manjares ofrecidos por las solícitas manos de las pastoras.

A la puesta de sol, puso a tono su alma con el Espíritu del Universo, y dió gracias a todas las deidades por aquellas dádivas de aliento y de hermosura. Oró por todas las cosas y por todos los seres, se bañó en las aguas purificadoras del Ganges y al anochecer, recitó sus inspirados himnos. Luego se durmió apaciblemente bajo las estrellas.

Krishna permaneció muchos días en aquel lugar acogedor e idílico, entre las pastoras y

los rebaños. Pisando el verde tierno de las praderas frescas de rocío o calientes de sol, sentía su corazón reconfortado. La compañía y los solícitos cuidados que le prodigaban las *Gopis* enternecían su alma y las miraba como un milagro de la Naturaleza, como presentidas hermanas recobradas, y daba gracias a la Divinidad por haberlas encontrado.

Hallábanse ellas siempre anhelosas de escuchar sus pláticas, sus himnos de súplica y alabanza, y de verlo danzar a orillas del río, adorando así conjuntamente a él y a las aguas donde lo veían reflejado.

Si al llegar la fresca noche encendían una hoguera con ramas olorosas, Krishna invocaba a Agni, el dios del fuego y sus danzas glosaban la ondulación y el chisporroteo de las llamas y sus himnos tenían resonancias ardientes y purificadoras. Identificadas las pastoras con el sentido mágico de su verbo y de sus movimientos, trataban de imitarle y coreaban sus danzas en torno a la hoguera.

Si en la mañana soplaba la lisonjera brisa que hacía danzar los árboles tiernos, las

gramíneas doradas, las florecillas del campo y el sari¹ de sus amorosas compañeras, Krishna danzaba y cantaba invocaciones a Vayu, el dios juguetero de los vientos.

Si llovía, sus himnos honraban al dios de las lluvias, el aligero Varuna o a Indra, el que conduce las bienhechoras nubes.

Cantaba a Ushas, la diosa de manos como pétalos de rosa, la que hace despuntar la aurora, y a los Gandharvas, y a los Devas del lugar, cuando afluí la inspiración a su alma al contemplar el paisaje amable, la bondad, la gracia y hermosura de las mujeres, de los animales y de todo cuanto le rodeaba.

—¡Cuéntanos las divinas leyendas!— le suplicaban, a menudo, las pastoras, cuando notaban que Krishna se evadía de ellas en busca de meditación y de silencio.

Y él, complaciente, les contaba las fábulas de sus dioses que aprendiera de niño entre los anacoretas, al par que les desentrañaba su simbolismo.

1) Especie de chal, prenda femenina.

Krishna se daba cuenta del creciente influjo que su presencia operaba en las *Gopis*. Veía con gozo o con inquietud a aquellas ingenuas doncellas vivir pendientes de sus palabras, esclavas de su valer y de su autoridad, subyugadas por el poderoso influjo que ejercía en ellas su presencia.

Entonces, obedeciendo a un imperativo interior, contemplaba la ilimitada perspectiva del Ganges sagrado, y un ansia poderosa de proseguir su misión tierras abajo, se apoderaba cada vez más intensamente de él.

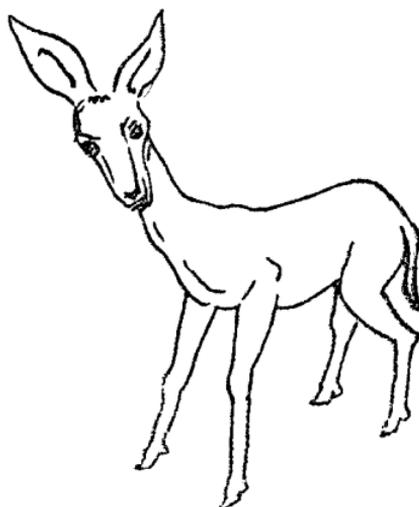
Ellas lo comprendían y trataban de poner en juego todos sus requerimientos, sus dádivas y sus hechizos para prolongar todo lo posible la estancia del divino muchacho en sus encantadores predios.

—Todo tu cuerpo es voz— le dijo un día, viéndolo danzar, la más hermosa y radiante de las *Gopis* a la que Krishna había apodado Dyota, que quiere decir "Esplendorosa Luz".

—Ya oigo tu mensaje silente cuando tocas la flauta y cuando danzas —le dijo en otra ocasión la más seria y profunda de las doncellas a la que Krishna llamaba Kovida.

“La Docta”. Luego se le acercó y con los ojos bajos, recatada y tímida, díjole al oído: —Eres mi divino mensajero. Has despertado en mí el ansia del saber eterno. No me abandones nunca. . .

Y aquel gran amor le retenía.



V

LA DANZA SAGRADA

Krishna veía en el creciente requerimiento de las *Gopis*, la llamada imprecisa del gran país de sus antepasados, la Aryavatha de llanuras dilatadas.

Les decía:

—Sois las primeras flores abiertas por la primavera de la nueva doctrina.

Siempre que danzaba entregado a sus íntimos transportes místicos o entonaba cánticos de alabanza a las divinidades, ellas se hallaban suspensas de esas elevadas manifestaciones, intuían su trascendencia y se esforzaban en comprenderle e imitarle.

Entonces sintió Krishna la confirmación de su mensaje futuro. Concentró sus esfuerzos en la expresión rítmica y sintió que por su cuerpo fluía como una fuente de divino

origen, el lenguaje inefable del canto y la danza.

Cada gesto, cada expresión, equivaldría a una palabra del gran idioma sagrado. Y creó los *mudras*, las formas expresivas de ese medio divino de comunicación que trascendía al alma del contemplador.

Iluminado por esa idea original y creadora, meditó largamente en su completa concreción, invocando las sugerencias de la *Trimurti*, el consejo y la colaboración de los dioses danzarines. Y por fin, el lenguaje de la danza le fue revelado.

Reunió a las *Gopis* en una vasta pradera sembrada de flores que regaban las aguas del Ganges. Y sin decirles una palabra, adoptó ante ellas una postura reconcentrada y hierática. Luego curvó lentamente su tronco en línea sinuosa, como si fuera la primera expresión del movimiento y de la vida y sus dedos finos y flexibles como los tallos de las flores fueron tomando posiciones y gestos peculiares a través de brazos y manos, cada uno de los cuales definía una expresión del armonioso y divino idioma plástico.

El primero era el *padma-mudra*, el loto como flor viva y como forma solar, símbolo

del místico desenvolvimiento del individuo. Los dedos juntos con las puntas levantadas al cielo, se iban abriendo como pétalos hasta formar una flor dorada de diez pétalos unidos.

Arqueó luego poco a poco las piernas cruzadas y se sentó en la misma orilla del río con las plantas de los pies vueltas hacia arriba. Abrió ambos brazos a ras del suelo y con las palmas de las manos levantadas, simuló la forma de distintas flores en torno suyo, volviendo suavemente el tronco en todas direcciones como si él las creara.

Después puso dulcemente el dorso de la mano derecha sobre la palma de la izquierda a la altura del ombligo. Así unidas, fue levantando las manos, una dormida sobre otra, hasta su corazón, y las adelantó como si las ofreciera. Era la expresión plástica del *duani-mudra*, la meditación que unía al hombre y a la mujer con la divinidad a manera de recipientes vivos, unidos y transmisores.

Acto seguido puso la mano izquierda en forma vertical, de perfil y con el índice de la derecha dibujó despacio en la palma unos círculos. Era éste el *dharma-chakra-mudra*, la Rueda de la Ley.

Separó la pierna derecha, dobló la cintura y juntando hacia fuera el pulgar y el índice de la misma mano, formuló el *vitarka-mudra*, la expresión plástica del discurso o la plática.

La mano derecha tendida hacia adelante indicaba el *abhaya-mudra*, la expresión de comunión y confianza.

Los brazos caídos con las palmas de ambas manos próximas al suelo quería decir *bkumishparsa-mudra*, tomar el alma de la tierra por testigo.

Se levantó Krishna lentamente, con los pies cruzados y levantando ambos brazos en alto con las muñecas juntas y encaradas, simuló, ahuecando los dedos, la forma de un capullo o huevo. Era la sagrada forma del *Brahma-mudra*, el origen de la creación divina.

Seguidamente sus pies se agitaron sobre el suelo con ritmo alterno en tanto que sus brazos describían círculos en todas direcciones como si se multiplicaran, al tiempo que agitaba los dedos como llamas. Era la danza raíz, el *Vishnu-mudra* del segundo dios de la *Trimurti* inda, el conservador en el tiempo.

Sucesivamente sus pies iniciaron una danza agitada y frenética; su cuerpo trepidante se arqueó en todas direcciones y sus flexibles brazos parecía como si fueran a quebrarse en sus vertiginosos movimientos. En el decurso de esa danza se quedaba de pronto súbitamente rígido como si marcara extrañas pausas, para reemprender nuevos y acelerados ritmos. Era el *Shiva-mudra*, la palabra danzada del Divino Destructor.

Las *Gopis* observaban, atentas y reconcentradas, la revelación de aquel maravilloso lenguaje danzado de Krishna y trataban de interpretar su significado que luego el joven Maestro les iba desentrañando en su forma trascendente a manera de lengua mística.

Y al obtener por sintonización psíquica, la comprensión por parte de su gentil auditorio, sabía Krishna que los dioses le dictaban sus secretos y que su misión futura no sólo se expresaría a través de la palabra mágica del inspirado himno, sino de la música y de la danza.

Y al saberlo así, sus gestos devenían cada vez una más pura melodía, una más sabia lección. Su música era a manera de un

conjuro que atraía las benéficas presencias de los espíritus protectores y de los genios de la Naturaleza. Y sus himnos, recitados armoniosamente en canto llano, dilatado y eufónico, hechizaban por sus armoniosas inflexiones y elevaban las almas de los oyentes a su inédita oración.

Así comenzó, como jugando, el profundo, viviente, original y directo mensaje de Krishna a la humanidad.

Las pastoras de las riberas del Ganges fueron sus primeras discípulas. En su dulzura y en su humildad comprensiva estaba toda el alma de la India, requiriéndole.

Veía el Enviado en ellas cada vez más luz. Veía cómo se abrían los pétalos de sus *chakras*, centros de vida interior, uno a uno, como flores al rocío vivificante de su presencia. Había depositado en su alma insensiblemente, con fácil sabiduría e inocente amor, la doctrina luminosa y humana de la Era que comenzaba.

Entonces, pertrechado con el consuelo de esta verdad, sintiendo cada vez más intensa en su interior la llamada de las tierras lejanas, comunicó a las *Gopis* su decisión de seguir su ruta aguas abajo.

—Quedad, hermosas pastoras. Quedad en vuestros risueños prados. Los dioses llaman desde la lejanía a vuestro compañero de una primavera.

Las miró a todas reunidas en compacto grupo, con los semblantes llorosos, enmudecidas por la tristeza. Y prosiguió:

—Siempre os llevaré en la mente y en el corazón. Adiós, Kirita, "Diadema de mi interna corona"; adiós, Marja, "Flor Pura"; adiós, Dyava, "Cielo Mío", adiós, Kirti, "Mi Gloria"; adiós, amadas Marjana, "La de Limpio Corazón"; Kchanti, "La Dulce Paciencia"; Kavia, "Espejo de la Poesía". Adiós, adiós...

Volvió entonces Krishna la mirada melancólica hacia Dyota y Kovida, las discípulas preferidas y con dulce voz, velada por la emoción, les dijo:

--Y a vosotras, entre todas las más amadas, ¿os digo también adiós?

Los apagados ojos tristes de Dyota y de Kovida se iluminaron. Habían comprendido mutuamente el compromiso callado de su gran amor.

Corrieron hacia Krishna y, una a cada lado, se le humillaron de gratitud y besaron sus pies benditos. En voz queda, murmuraron:

—Acéptanos por esposas y hermanas. Dondequiera que vayas, sembraremos tus sendas con las flores del más puro amor.

Krishna sonrió. Rodeó con cada brazo el talle gentil de ambas *Gopis*, las atrajo hacia sí y dijo estas palabras:

—Esposas mías, hermanas mías, madres mías... las más caras a mi corazón...

Y con acento enternecido, queda y armoniosamente, levantó los ojos humedecidos al cielo de la alborada y entonó el antiguo Himno Védico (1).

*“Los vientos traen dulces recompensas.
Los ríos arrastran dulces aguas.
¡Ojalá las hierbas nos aporten dulzuras!
Que la noche y la mañana nos sean dulces siempre
y la región de la tierra de dulzor sazónada.
¡Que el cielo nos proteja dulcemente!
Que Vanapasti nos muestre su dulzura
y el Sol henchido de dulces rayos.*

(1) “Rig-Veda”.

*Que los rebaños nos manifiesten
su dulcísima mansedumbre a nuestro paso.
Sed para mí dulces como la mañana y la noche,
como los ríos, como el cielo, como los rebaños tiernos..."*

Amanecía gloriosamente sobre la tierra,
por el canto dulcificada.

Krishna volvióse de cara al sol naciente,
y repitió el Himno de Alabanza (2) :

*"Brillante guía de los que la verdad pronuncian,
vemos en la Aurora de matices numerosos.
Ha abierto nuestras puertas al iluminar el mundo...
Tú caminas sobre las huellas de mañanas pretéritas
y la primera de esas mañanas sin fin y venideras
disipa las tinieblas, reanima a los vivientes,
y despierta a aquellos que postrados yacían..."*

(2) "Rig-Veda".

VI

LA RUTA DEL GANGES

Krishna y sus dos compañeras anduvieron múltiples jornadas felices y conscientes de su misión, siguiendo la margen occidental del Ganges, aguas abajo.

A menudo el rumor del río arrullaba su apacible sueño sobre lechos de mullido follaje o en el recato de los cañaverales. Otras veces hallaban gracioso albergue en la cabaña de algún pastor o pastora.

Los frondosos cocoteros les amparaban con su sombra y les ofrecían, en las horas calurosas, el dulce bálsamo de su fruto vivificante.

Nunca dejaba de llegarles oportunamente la bebida o el manjar apetecido, de manos providenciales, de campos y huertas o de ramas ubérrimas cargadas de dulces frutos.

Krishna pagaba cumplidamente el valor de las ofrendas como pagan las mercedes recibidas los mismos dioses: prodigando su divino arte, enseñando con su sabiduría, bendiciendo con su gracia. Fabricaba, con exquisita destreza heredada de su padre, las mejores flautas con cañas de bambú y las vinas de cavidad sonora y dilatado mango de cuyas cuerdas sabía arrancar toda la gama de las expresiones anímicas, y las regalaba a sus favorecedores mostrándoles prácticamente las reglas de la danza, cada una apropiada al dios de las respectivas devociones a manera de oración viviente, grata a las deidades invocadas.

Pero sobre todo les transmitía el mensaje inefable de su propia aura purificadora y radiante, cuyo solo contacto tenía el poder de despertar la divinidad dormida en cada ser que hallaba a su paso.

—Eres semejante a un sol. Nos iluminas y nos haces crecer— le decían las gentes.

Y muchos le seguían, deseosos de dilatar los beneficios de su presencia, de bañarse en su luz.

Siguiendo de la mano del río, por la vega del poniente, llegaron Krishna, sus dos espo-

sas, y algunos arios de tónica *bhakta* o devocional, a un maravilloso paraje en cuya belleza colaboraban la Naturaleza y la mano del hombre.

Los bosques y los jardines se hallaban cruzados por bien trazadas y cuidadas sendas por cuyas márgenes discurrían canaliillos de agua transparente entre cultivadas matas en flor. Enormes palmerales los bordeaban dando sombra y frescor a los caminos. Numerosos rosales de enramada cubrían los troncos recios de esos árboles ofreciendo al caminante el aroma de sus múltiples rosetas de variados colores, atrayendo enormes libélulas y mariposas de pintadas alas.

Tomaron nuestros caminantes una de aquellas sendas. A ambos lados, blancos palacios de piedra y mármol, ornados de estatuas policromadas, se miraban en los estanques dormidos, multiplicando su belleza en el espejo de sus aguas.

Era el mediodía de una jornada calurosa. Los rayos verticales del sol, al atravesar las finas hojas de las palmas movidas por el viento, dibujaban sobre el polvo

del sendero una caprichosa alfombra temblorosa.

¡Cuántas bellezas atesoraba aquel lugar! ¡En qué país de ensueño se encontraban después de hollar tanta selva virgen, tantos praderíos incultos, tantas huertas repetidas?

Al cabo de un trecho divisaron, a lo lejos, una imponente recua de elefantes, altos como cedros, que avanzaban en dirección a ellos.

A medida que se aproximaban, vieron que cubrían los lomos de los pacientes animales, sendas gualdrapas ricamente tejidas que casi arrastraban. En su cima se balanceaban regios palanquines velados con cortinajes de seda, que conducían sin duda a sus opulentos dueños. Numerosos criados, lujosamente ataviados con turbantes y casacas de sateñes de vivos colores, guiaban a los elefantes a pie o montados en la cabeza de los enormes paquidermos.

Cuando estuvieron cerca, nuestros peregrinos se arrimaron a la cuneta del camino para dejar paso a la comitiva. Esta se paró junto a ellos.



Divisaron una imponente recua de elefantes...

—¿Nos hallamos en las inmediaciones de alguna ciudad?— preguntó Krishna al más próximo de los conductores de a pie.

—A media jornada de sol de Hastinapura, la famosa "Ciudad de los Elefantes", capital del reino de Doab, —respondió.

—¡Hastinapura! —clamó Krishna por lo bajo— Y el nombre le devolvió el recuerdo de relatos maravillosos que su padre le contaba cuando era niño, allá en las tranquilas soledades del Himavat.

—¡Hastinapura! —repitió como en éxtasis, en tanto saboreaba el placer de fantásticas evocaciones y dulces recuerdos.

Y siguieron andando junto a las moles inmensas y paradas de los elefantes que pifaban sonoramente, agitaban sus grandes orejas y soplaban con sus trompas el polvo del camino.

Siguieron andando nuestros peregrinos en medio de la senda, en sentido contrario al de las enormes cabalgaduras en fila, pisando las gigantescas huellas de las patas de los elefantes, impresas en el polvoriento suelo.

Krishna, que iba en medio de Dyota y Kovida, dijoles:

—Deben reinar en la ciudad de Hastinapura mis próximos parientes, los príncipes *pandavas*. Me contaba mi padre...

—¡Relátenos la historia! —rogó la vivaz Dyota—. Ello nos hará más llevaderas las horas de sol y más breve la distancia.

—Escuchad pues, amadas mías —dijo complaciente Krishna, cogiendo a ambas de las manos.— Os contaré la genealogía de ese antiguo y glorioso reinado fundado por la primitiva tribu aria de Kurú, el más sabio y justo de los reyes. Uno de sus más afamados descendientes fue el prudente y glorioso Vyasa. De él nacieron, por línea directa, Dritarashtra, heredero del reino y que no pudo ejercer su privilegiado cargo por ser ciego, pasando a ocupar el trono de Hastinapura su hermano Pandú que casó con Kunti —a quien llamaban de sobrenombre Pritha— y más tarde con Madri, su segunda esposa. De ambas tuvo Pandú cinco valerosos e inteligentes príncipes llamados, por su ascendencia, *pandavas*. Por parte de Kunti, hermana de mi padre Vasudeva, son mis primeros carnales Yudhistira, Bhima y Arjuna. Nakula y Sahadeva son sus hermanos menores de padre, hijos de Madri. El ciego Dritarashtra casó a su vez y tuvo numerosos hijos, el mayor de los cuales es Duryodana, hombre astuto y ambicioso que en secreto codiciaba el poder que no pudo heredar de

su padre. Sabiendo Duryodana que el mayor de mis primos, Yudhistira, era aficionado al juego, organizó una jugada magna, secretamente preparada por él, con objeto de atraer, con malas artes, al incauto príncipe *pandava*. Cayó éste en la red tendida y obcecado por la pasión del juego, perdió la corona, la hacienda y aun la familia, pero con una condición previamente acordada: que Duryodana sólo ocuparía el trono durante doce años, transcurridos los cuales volverían los príncipes *pandavas* a ocupar el poder, ejerciendo sus legítimas funciones de gobierno...

Kovida, la docta y reflexiva esposa de Krishna, reflexionó un rato en silencio, sumamente interesada en la trama del verídico relato y por fin preguntó tímidamente al esposo:

—¿Han transcurrido ya los doce años reglamentarios?

Krishna trató de buscar en su tierna memoria de infantil oyente, la referencia relativa al ajuste de las fechas, pero le fué difícil hallarla.

—No puedo recordar la fecha del suceso que os acabo de relatar —dijo—. Pero

me inclino a creer que el plazo se ha cumplido.

—En este caso, gobernando la ciudad tus primos, los príncipes *pandavas*. . . insinuó la dulce interpelante. Y no dijo más.

La bellísima Dyota completó, intuitiva, la frase de su compañera:

—Gobernando los *pandavas* podremos visitar la ciudad. Nunca hemos visto una ciudad. Nos mostrarán su arte, su cultura, sus magnificencias. Y sin duda tendrás en ella oportunidad, amado esposo, de sembrar en productivo campo tus ideas y tu arte sublimes.

—Sólo Vishnú, regulador del *karma* de los seres y de los lugares, conoce el por qué de sus designios —respondió gravemente Krishna.

Y siguieron en silencio su camino.

Por fin llegaron a las proximidades de la urbe.

Frente a la gran puerta oriental de la muralla que la resguardaba y por encima de la cual asomaban las finas agujas de sus prin-

cipales edificios, Krishna inquirió a uno de sus guardias armados:

—¿Quién es tu rey, que los dioses protejan?

—El poderoso Duryodana, descendiente del gran Kurú —contestó sin moverse el interpelado.

Dirigiéndose a ambas ilusionadas *Gopis* díjoles entonces Krishna:

—El gran legislador Manú decía: “No se debe permanecer en una ciudad habitada por hombres que no cumplen sus deberes”.

Y no quiso franquear sus abiertas murallas. Un agobiante presentimiento le embargaba. ¿Qué sería de sus primos, los hijos de Kunti y de Pandú, los legítimos príncipes reyes de Hastinapura?

En silencio, Krishna, las *Gopis* y sus devotos seguidores rodearon gran parte de la muralla de la ciudad.

Cerca de la puerta que miraba a occidente, divisó Krishna, entre la multitud que por allí transitaba, a un venerable *brahmán*, uno de aquellos *munis* o santos mendicantes

cuyas facultades y sabiduría excedían a las de los demás hombres.

Se aproximó a él, y contempló detenidamente su porte beatífico, su sayal de puro lino, su cinturón de *mundja* de tres cuerdas, su bastón de bambú, distintivos inequívocos de su condición.

Le dirigió estas palabras:

—En nombre de Brahma, el dios que crea el bien y el mal, las idas y los retornos y cuya voluntad se halla más allá de todo acontecimiento, dime, santo mendicante: ¿Dónde están los hijos del rey Pandú?

El anciano *brahmán* lo miró detenidamente con unos penetrantes ojos clarividentes. Cogió a Krishna por el brazo y lo condujo más allá de las murallas, a un lado del camino recorrido por arrieros, traficantes y cargadores que entraban y salían de la ciudad en crecido número.

Y en voz baja y tono confidencial, le dijo:

—Si tu empeño es hallar a esos buenos príncipes, tendrás que ir hasta el término del reino de Doab. Están los cinco desterrados de su patria.

Reflexionó un rato, miró en torno, y añadió:

—El cetro de este reino se halla ahora en manos impías. Si la voluntad divina te conduce hacia esos virtuosos príncipes, sabe que más allá de aquellos montes que circundan la llanura de Kurukshetra, vive una comunidad de santos *brahmanes*. Allí acude, anheloso de seguir las prácticas de la santidad, Arjuna, el mejor de los cinco hermanos *pan-davas*.

Y con la mano que sostenía el cuenco de mendicante, señalaba el viejo *muni* las verdes montañas que delimitaban a lo lejos, en dirección norte, la vasta llanura del reino.

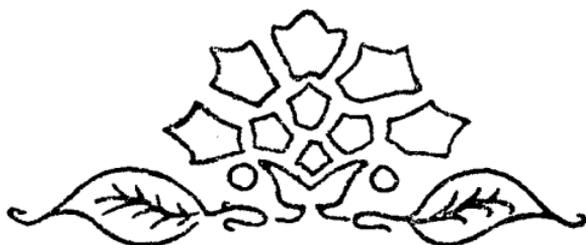
—Allí —prosiguió— en los reseros frondosos de aquellos montes, termina el agitado reino de Doab. Allí impera la paz. Frecuentan sus bosques los *Gandharvas*¹ y el que tiene el oído abierto como una flor sagrada, oye las armonías con que esos genios llenan el aire embalsamado. Los *brahmanes* que allí habitan han renunciado a los estímulos de la sociedad y a las ambiciones del mundo. Cuando algo les requiere, dejan espontáneamente

(1) Alados genios de la música

su retiro y se acercan, como monjes mendicantes, a la ciudad. . . ¡Bendito seas tú y tus dulces compañeras que me habéis dado la razón de la llamada!

Krishna quedó maravillado de la curiosa y oportuna intervención del desconocido.

En silencio, pero con el alma rebotante de amor y de gratitud, emprendió, acompañado de Dyota y Kovida y de un limitado grupo de seguidores, la senda abierta, en la dirección señalada por el anciano *brahmán*.



VII

ARJUNA

Hallándose un día Krishna ante un espontáneo y atento auditorio, que para verle y oírle ascendía reverentemente al santo refugio montañoso, vió que se le aproximaba un recio mozo de morena piel, ancho pecho desnudo y hermosos y brillantes ojos de mirada audaz. Llevaba el alto bastón que caracterizaba a los individuos de la casta *kshatriya* o guerrera.

Al verlo avanzar con majestuoso porte, interrumpió Krishna su plática y dijo, dirigiéndose al desconocido:

—Tu presencia me llena de gracia. Siento en este momento al Señor más en mí. Acércate.

Confuso quedó el joven al ser notado. Titubeó unos instantes y luego avanzó decidido hacia Krishna.

Este dió unos pasos hacia él y dirigióle estas palabras:

—Mi corazón presente en ti a uno de mi sangre. ¿Quién eres?

—Soy Arjuna, el tercero de los príncipes hijos de Pandú. —respondió el recién llegado.

—Yo soy Krishna, hijo de Vasudeva, hermano de tu madre Kunti.

Ambos se abrazaron.

Superada la emoción del encuentro, dijo Arjuna:

—¿Qué dios benigno encaminó mis pasos hacia tí, ¡oh primo mío! flor pregonada de mi raza?

—Tu propia divinidad —respondió el aludido—. Porque en tí está la luz.

Se separó unos pasos de su pariente, lo miró largo rato, y añadió:

—La alegría rebosa hoy de mi corazón. —Levantó los brazos y la faz, prosiguiendo en esa laudatoria expresión mística. —¡Oh Señor, recibe mi danza en señal de gratitud!

Y a los dulces e inspirados sonos de su flauta, danzó una danza divina que atrajo

en torno a los elevados espíritus protectores del lugar y la bendición de los dioses sobre todos los presentes.

En aquel momento la danza representaba para Krishna la expresión máxima de una gratitud y un reconocimiento a la divinidad, que no bastaban a manifestar solamente sus palabras. Era la más bella y efectiva de sus oraciones.

Arjuna lo contemplaba arrobado. Percibía el directo influjo de aquel sagrado lenguaje a manera de un rito mágico. Sentía que su mensaje trascendía su mental comprensión, revelándose a través de la más alta y pura expresión del espíritu.

Era la hora quieta, recogida y cálida de la puesta del sol. El imponente escenario del bosque adquiría, al rodear la maravillosa escena, matices enjoados, ardientes, de glorificación.

Las encinas y los altos pinares formaban allí un semicírculo en torno a un breve calvero sembrado de césped verde y húmedo sobre el que Krishna danzaba. Los rayos posteriores del sol le dában de lleno y sobre el contraste obscuro de la decoración arbórea.

parecía a los admirados ojos de los espectadores un viviente y divino ídolo de oro.

Contemplando la sublime escena, tuvo Arjuna la revelación directa de la divinidad de Krishna. Lo vió un momento como desdoblado, flotando sobre sí mismo, rodeado por los grandes *Devas*, los angélicos seres de la montaña, y le pareció que el Señor del Universo se posesionaba en aquel instante de su forma. Vió cómo crecía su aureola de rayos y cómo abarcaba su bendito fulgor hasta el límite de sus auditores y el bosque entero.

No pudo entonces el arrogante *kshatriya* reprimir una exclamación de sorpresa y gozo profundo y cayó en tierra, postrado de adoración.

Así permaneció hasta que sobrevino la fresca noche.

Las gentes se fueron dispersando en silencio, descendiendo por diferentes laderas la montaña, tratando de retener la bendición sobre ellos descendida.

Cuando Krishna puso su graciosa mano sobre la espalda de su primo, levantóse éste como si volviera en sí de su prolongado éxtasis.

—Dime, hermano mío —le dijo con suave y cariñoso acento Krishna— ¿qué te atrajo a esta región consagrada a los que dedican su vida al espíritu de santidad?

Se enderezó poco a poco Arjuna de su actitud sumisa y respondió:

—El ansia de perfección, ¡oh nobilísimo hijo de Vasudeva! Todo el mundo, por estos contornos, ensalzaba a mis oídos tus facultades, tus dones, tu sabiduría. Te he recordado, ¡oh hermano de mi sangre! Los dioses han colmado generosamente mis ansias. Yo presiento en tí a mi guía y maestro. ¿Quieres aceptarme por *chela*?¹ Desde que fuimos expulsados del palacio de Hastinapura mis padres, hermanos y parientes; desde que he tenido que renunciar a mis bienes y a mi nativo *dharma*,² mi alma ansía hollar el sendero de la santidad.

Krishna escuchaba a su primo en actitud pensativa. Después de un reflexivo silencio, dijo gravemente:

—Tú no puedes renunciar a tu propia naturaleza sin hacer traición a la Divinidad. No

(1) Discípulo.

(2) Deber por inclinación temperamental.

te dejes seducir en exceso por un influjo transitorio.

—No soy más que un príncipe despojado —redarguyó Arjuna, bajando la cabeza.

—“Aun despojado, un príncipe seguirá siendo *kshatriya*” dijo el gran legislador Manú. ¿Cómo podrías oponerte a sus sabias leyes?

Al decir estas palabras, puso Krishna la mano sobre el recio hombro de Arjuna, tratando de reanimarle. Luego, prosiguió:

—Pecado es, según el fundador de las leyes de nuestra raza, que un guerrero caiga en la desconfianza y en la tristeza. Muchos esperan de ti, Arjuna. Mucho lograrás si te predispones a cumplir el deber de tu casta. Recobra, pues, el ánimo, e imponte de las supremas cualidades del príncipe.

Arjuna clavó sus brillantes ojos en su primo y en actitud implorante, le dijo:

—Un torbellino de dudas me envuelve y me turba el razonamiento. Sé tú con tu sabiduría, ¡oh divino Krishna! quien me reconforte, me guíe y me aconseje. ¿O es que el supremo saber me está vedado por mi condición?

—La sabiduría no es privativa de los *brahmanes* y a ningún alma le puede ser vedada. Pero no olvides la lección del gran legislador: “El cumplimiento del propio deber es superior a la sabiduría”. Nadie debe renunciar al *Karma* engendrado por su misma naturaleza.

Reflexionó Arjuna las palabras pronunciadas por su primo. Al fin, respondió humildemente:

—No ignoro, Krishna, los deberes de mi casta. Pero no he sido yo, sino el *karma*¹ el que torció mi destino. ¿Cómo perseverar? Parece como si mi alma se hubiera desintegrado de la raíz de su propia sangre.—Con acento desgarrado, prosiguió— ¡Ayúdame a encontrarme!

—“En el corazón de todos los seres vivos, Arjuna, reside el Señor”.² He aquí los principios inmutables en que se asienta la verdadera sabiduría: “Desempeña aquellos actos que deban desempeñarse, pero de una manera completamente desinteresada, porque el hombre que muestra una perfecta abnegación en todos sus actos, alcanza el fin

(1) Ley de acción y reacción.

(2) “Bhagavad-Gita”. (Canto al Señor) del “Mahabharata”.

supremo". "No hay en toda la tierra un purificador comparable a la sabiduría". Pero la sabiduría debe emanar de tu propia condición. "Ya que el hombre ignorante, aquel que se halla desprovisto de fe y en cuya alma fermenta la duda, marcha a su perdición. Para el hombre entregado a la duda no existe la felicidad en este mundo, ni en el próximo, ni en otro alguno. De consiguiente, habiendo extirpado con la espada del conocimiento la duda nacida de la ignorancia y posesionada de tu corazón, conságrate al recto cumplimiento de las obras. Aquel cuyo corazón se halla desprendido de los objetos exteriores, halla la felicidad dentro de sí. Y manteniéndose identificado mediante la *Yoga*³ con el supremo Espíritu, disfruta de la bienaventuranza perdurable. No te incite a la acción el aliciente de la recompensa, ni permitas tampoco que tu vida se disipe en la inacción. Cuando hayas atravesado la selva tenebrosa del error; cuando tu razón haya logrado sobreponerse a las engañosas ilusiones, sentirás un profundo desdén por todas las doctrinas que han sido reveladas, así como por las que están por revelar. Cuando tu mente apartada de tales doctri-

(3) Unión con la Divinidad.

nas haya logrado el reposo y el afianzamiento en el Supremo Espíritu, entonces alcanzarás la unión espiritual y con ella, la suprema sabiduría".⁴

Arjuna le preguntó:

—¿Qué cualidades son, ¡oh Kezava! las que distinguen al hombre que se halla en constante contemplación y que está afianzado en la suprema sabiduría?

Krishna respondió:

—“Cuando el hombre arranca de sí todos los deseos capaces de agitar su corazón y encuentra en su interior y por sí mismo el contento y la felicidad, entonces puede asegurarse que está afianzado en la suprema sabiduría. Aquel que conserva la calma en medio del dolor y no siente una sed insaciable cuando bebe la copa del placer; aquel que es desinteresado y se halla exento de aflicción, de temor y de cólera, está afianzado en la suprema sabiduría. Aquel que en ninguna circunstancia de su vida se inmuta, ni se siente afectado por los azares de la suerte y que con ánimo sereno e imperturbable no se aflige en el seno de la adversidad, ni se regocija cuan-

(4) Fragmentos del “Bhagavad-Gita”.

do la suerte le sonríe, esta afianzado en la suprema sabiduría".⁵

Después de estas palabras de Krishna se hizo un prolongado silencio. En medio del bosque reinaba una gran paz.

Arjuna, de pie, levantó los ojos y contempló el cielo cuajado de estrellas. Así transcurrió un buen rato. Por fin dijo a Krishna sin mirarlo, como si monologara con el infinito:

—Presiento en tí la suprema razón de mi vida. Tus palabras convergen para mí ahora en esta única solución. Cuando danzabas, me pareciste la encarnación del dios que me conduce por los complejos azares de mi vida. Tengo una profunda fe en tí y siento que esa fe me devuelve la confianza en mí mismo y la reverencia hacia la Voluntad que nos gobierna. No me prives, ¡oh Krishna! de tu presencia hasta que en mí se haga la luz, hasta que logre identificarme plenamente con los deberes de mi casta y de mi condición de príncipe *pandava*.

Anheloso de coadyuvar por todos los medios a la recuperación moral de su primo, díjole Krishna:

(5) Fragmentos del "Bhagavad-Gita".

—Si tal es tu voluntad, puedes permanecer el tiempo que desees en la paz de este retiro. Aquí hallarás el sosiego de la mente. Y si en tus meditaciones pones el oído atento, oirás la palabra confirmadora de tu próximo destino. Quédate. Juntos compartiremos la humilde vivienda montaraz y el sencillo yantar campesino. Mis esposas serán tus dulces compañeras y servidoras...

Al oír estas palabras, pareció como si Arjuna volviera de una larga ausencia. Se aproximó a Krishna sonriendo y cogió entre las suyas, estrechándolas efusivamente, las dos manos de su primo, expresándole así su agradecimiento por la gentil oferta:

—La gratitud llena mi alma.

Numerosas jornadas llenas de paz, de religiosa meditación, de estudio y de halagadoras contemplaciones transcurrieron para Arjuna en el corazón de la montaña compartiendo la soledad confortadora con la presencia de Krishna y la intimidad de su hogar con sus dos gentiles y solícitas esposas.

Cuando en su alma nacía una duda, buscaba consejo en las palabras siempre llenas de razón y sabiduría de su primo, en el que

veía cada día más, un *avatar*⁶ de la Divinidad y cuya misión era revivir los valores eternos del Espíritu, en aquella época de materialismo y confusión, purificar el alma de los hombres y reafirmar a cada ser en sus principios superiores de acuerdo con el *dharma* por que ha nacido.

— ¡Cuáles son, ¡oh Maestro mío! — le preguntaba — las cualidades inherentes a los nacidos en cada una de las cuatro castas?

Krishna respondía:

— “Entre los *brahmanes*, *kshatriyas*, *vaishyas* y *shudras* ¡oh terror de tus enemigos! han sido distribuidos *karmas* con arreglo a las cualidades nacidas de su propia naturaleza. La tranquilidad de ánimo, el dominio de sí mismo, la austeridad, la pureza, el perdón de las ofensas, la rectitud, el conocimiento espiritual, el estudio y la piedad, tal es el *karma* de los *brahmanes*, nacido de su misma naturaleza. El heroísmo, la audacia, el vigor, la destreza, la impavidez en el combate, la generosidad y la hidalguía, constituyen el *karma* de los *kshatriyas*, nacido de su misma naturaleza. La agricultura, el cuidado de los ganados, el comercio, he aquí el

(6) Encarnación o manifestación.

karma de los *vaishyas*, nacido de su propia naturaleza. Finalmente, la servidumbre es el *karma* nacido de la naturaleza de los *shudras*. El hombre que se amolda satisfecho a su propio *karma*, cualquiera que éste sea, alcanza la perfección. Es preferible llenar el propio deber aunque desprovisto de mérito, que el deber ajeno bien desempeñado. Cumpliendo el *karma* impuesto por su misma naturaleza, el hombre no incurre en pecado. Si, confiando en tí mismo exclamas: "Yo no lucharé", vana será tu resolución, puesto que la naturaleza te obligará a luchar".⁷

Arjuna, que escuchaba atentamente a su primo, sentado junto al tronco de un corpulento pino, al oír las últimas palabras pronunciadas por aquel, se levantó como movido por un extraño resorte, irguió marcialmente su cuerpo musculoso y esbelto y dijo estas palabras con afirmativo acento:

—¿Qué vislumbras en mí que de tal modo hablas? ¿Qué inextricables imperativos de la divina voluntad ocultan tus últimas palabras? Desde que pisé éstos lugares, me prometí solemnemente obedecer tus consejos. Hace poco me decías: "Aleja de tí todo anhe-

(7) Fragmentos del Bhagavad-Gita'.

lo mundano, toda solicitud por los bienes de esta tierra y concentra toda tu atención en tu naturaleza espiritual sin que llegue a distraerte objeto o pensamiento alguno". Yo me esforcé en lograr esta superior afirmación interna y al efecto, concentré en la meditación todos mis sentidos. Mas ahora, dices "que la naturaleza me obligará a luchar"... Responde: ¿Debo entonces aprestarme para la batalla que rehuía con horror mi corazón?

Krishna respondió:

— "El hombre que se entrega debidamente a la práctica constante de las obras con el corazón puro, teniendo sometido su cuerpo y coartados sus sentidos y considerando a su yo como el yo de todas las criaturas, no queda contaminado por las acciones que ejecuta.⁸

Arjuna interpretó aquella sentencia como una orden tácita de disponerse para la batalla. Y al consultar en el silencio su propio corazón, reafirmado en las altas virtudes del *kshatriya*, se halló dispuesto a cumplir el deber que la Divinidad le imponía.

(8) Fragmentos del "Bhagavad-Gita".

Al día siguiente, al efectuar en compañía de su primo el paseo acostumbrado, le rogó le acompañara hasta una cima no muy alejada de aquel beatífico lugar.

Accedió a ello Krishna, complacido. Desde allí, contemplaron ambos toda la parte norte de la extensa llanura de Doab, que limitaban al fondo las murallas de la ciudad de Hastinapura.

Extendió Arjuna su potente brazo y señaló, a primer término, la inmensa explanada del Kurukshetra en tanto decía:

—Este campo que aquí ves, consagrado un tiempo a las sacras festividades del reino por los gloriosos antepasados, ha sido elegido ahora campo del honor en la grave pendencia entre *kuravas* y *pandavas*, las dos dinastías rivales, empeñadas en obtener la posesión del trono de Hastinapura.

Krishna contempló la demarcación señalada, miró luego a su primo con penetrantes ojos y díjole:

—Este es el lugar que te destinan los dioses. ¡oh Arjuna, el más valiente de los ar-
queros!

— Sé que por ti me habla la voz del Maestro — confirmó, con voz segura y mirada perdida en la lejanía, el temido Arjuna—. Pero... después de conocer la vida y las costumbres inherentes a los *brahmanes*; de haber convivido largo tiempo a tu lado; de oír la voz de la caridad y de la compasión y de conocer el divino origen de todos los seres, ¿hallaré la fuerza necesaria, la suficiente confirmación de mis principios, cuando la vida reclame el cumplimiento de mis deberes de *kshatriya*, cuando los potentes cuernos de guerra retumben bélicamente sobre este campo inmenso, ahora tranquilo y solitario?

— “El que se amolda a su propio *karma*, cualquiera que éste sea, alcanza la perfección”.⁹ Todos los caminos conducen a la Divinidad... — afirmó Krishna.

Arjuna miró a su primo. Y colocando sobre su pecho su potente diestra, le hizo esta conminación, que equivalía a una súplica:

— El usurpador del trono, Duryodana, tendrá por preceptor y guía de su carro¹⁰

(9) Fragmentos del “Bhagavad-Gita”.

(10) Era costumbre y relevante honor en la antigua India, nombrar para guías de los carros de guerra, a las más cultas y destacadas personalidades de los respectivos reinos; por lo común, parientes o preceptores del guerrero.

al sabio Bhima. ¿Quién guiará mi carro de combate cuando sea dada la orden de batalla? ¿Quién fortalecerá mi corazón y mantendrá tenso mi brazo?

Krishna sonrió y dijo:

—No temblará el arco en tu potente mano, ¡oh, el más valeroso de los príncipes *pan-davas!* ¡Yo guiaré tu carro!

Y para dar confirmación a sus palabras, oprimió con su diestra, sobre su pecho, la mano de su primo Arjuna.



VIII

LA BATALLA DEL KURUKSHETRA

La vasta llanura de Kurukshetra, lugar donde en la remota antigüedad estableciera el rey Kurú los juegos y las solemnidades religiosas, se hallaba a la sazón convertida en campo de batalla.

Armados y alineados, dispuestos al combate aparecían, enfrentados, los ejércitos rivales de los *kuravas* y de los *pandavas*.

La transgresión de los pactos por los descendientes de Dritarashtra, al ejercer indebidamente el mando del reino de Doab; la burla del sagrado juramento realizado en nombre de Vishnú por los *kuravas*, habían obligado por fin a los príncipes *pandavas* a exigir la reparación de las faltas cometidas por aquellos, al reclamo de los legítimos derechos de sucesión y al cumplimiento de la fe jurada.

Los traidores habían respondido, por orden del rey usurpador Duryodana, enviando un pelotón de heraldos totalmente armado a su primo Yudhistira, el mayor de los cinco hijos del rey Pandú.

La guerra entre las dos ramas nobles de los descendientes del gran rey Kurú, fundador de la dinastía de Hastinapura, estaba empeñada.

Al clarear el día señalado, cuando la cándida Ushas, la Aurora de rosada faz, contemplaba con dulces ojos los parajes idílicos próximos al sagrado Ganges, los dos ejércitos enemigos comandados por hombres de la misma sangre, invocaban a Yama, el dios de la muerte para obtener la total victoria sobre el bando enemigo.

Al frente del numeroso ejército de los *kuravas* se hallaba, fuerte y erguido sobre su enorme carro de guerra, rodeado de sus próximos parientes, el pendenciero rey Duryodana, primogénito de Dritarashtra y nieto del gran Vyasa.

Presidiendo el ejército de los *pandavas* se hallaban Yudhistira y Arjuna, los más es-

forzados guerreros entre los cinco hijos del rey Pandú, nietos a su vez del sabio Vyasa.

Por su hermosura y natural majestad destacaba, armado de casco, escudo y lanza, apoyado en el arco inmenso, Arjuna, de pie en su carro guiado por su primo y preceptor, el divino Krishna, de ojos de loto y cabellera ensortijada, desprovisto de armas e indiferente al combate.

DIÁLOGO ENTRE KRISHNA Y ARJUNA¹

“Dispuestos los ejércitos en orden de batalla, el rey Duryodana dirigióse a su preceptor hablándole en estos términos:

—Mira, maestro mío, el poderoso ejército de los hijos de Pandú, organizado por tu discípulo, el experto hijo de Drupada. Allí distingo, con sus arcos temibles, algunos bravos campeones que pueden competir con Bhima y Arjuna en la pelea, todos ellos montados en sus grandes carros. Allí veo a valerosos jefes y príncipes. . . Pero quiero, ¡oh

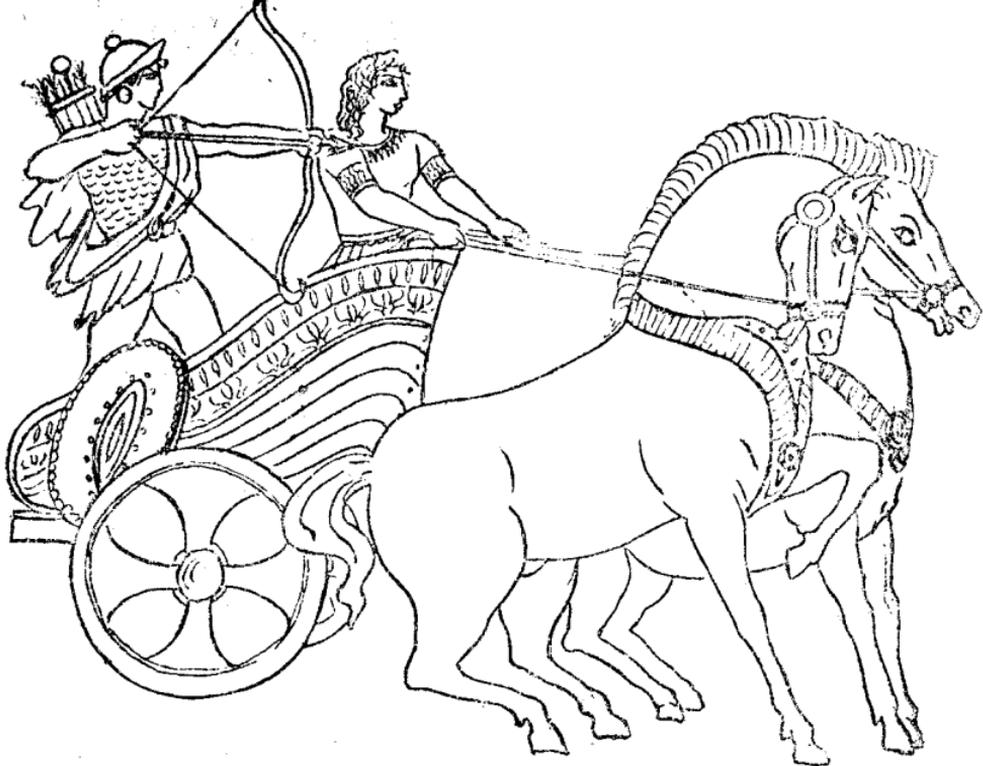
(1) Por su belleza y su mayor fidelidad, hemos preferido transcribir del mismo texto clásico del “Bhagavad-Gita” (“Canto al Señor”, del “Mahabharata”) el magnífico relato que constituye parte del primer capítulo del libro de la tradición inda. (N. de la A.)

excelente *brahmán!* mencionarte asimismo, para que tengas conocimiento de ellos, a nuestros más famosos guerreros que acaudillan y constituyen la flor de nuestro ejército. Nuestras fuerzas, confiadas al mando de Bhisma, son insuficientes, en tanto que las de los *pandavas*, capitaneadas por Bhima, son superiores a las nuestras. Por tanto, permaneced todos firmes en las posiciones que se os han designado y aprestaos a defender a todo trance a nuestro jefe Bhisma.

Entonces el anciano y valeroso caudillo, hermano del abuelo de los *kuravas*, con objeto de enardecer el decaído ánimo del rey, sonó con fuerza su caracol marino, lanzando unos acentos estentóreos, semejantes al rugido del león.

Instantáneamente, innumerables conchas marinas, timbales, cuernos, címbalos y otros instrumentos guerreros, respondieron de todas partes con atronador estruendo.

En aquel momento, Krishna y Arjuna, de pie sobre un soberbio carro tirado por blancos caballos, sonaron también sus conchas celestes a las que siguieron los sonos de otros múltiples instrumentos guerreros.



El dios de rizada cabellera guió el carro...

Todos los valientes e invencibles príncipes del ejército *pandava*, seguidos por todos los restantes jefes y magnates, hicieron sonar sus respectivas caracolas marinas de suerte que los estridentes sonidos de tales instrumentos desgarraban el corazón de los *kuravas* y con horrísono estruendo hacían retemblar cielos y tierra.

El príncipe de los *pandavas*, observando entonces que los hijos de Dritarashtra terminaban sus preparativos para el combate y que las flechas comenzaban a cruzar el aire,

empuñó su arco y dirigiéndose a Krishna, le dijo:

—Ruégote ¡oh Krishna! te dignes guiar mi carro hasta llegar al espacio que divide los dos ejércitos. Quiero ver quiénes son estos hombres que están ardiendo en deseos de dar comienzo a la batalla. Quiero ver también contra qué gente tengo que batirme y quiénes son, en fin, los que aquí han venido a reunirse para defender la causa del perverso hijo de Dritarashtra.

Apenas hubo Arjuna pronunciado estas palabras, el dios² de rizada cabellera guió el carro, se detuvo entre ambas filas de combatientes y dijo al príncipe estas palabras:

—He aquí, ¡oh hijo de Pritha!³ a Bhishma y a Drona y a todos los campeones del ejército *kurava* reunidos ante nosotros.

Paseó entonces Arjuna su mirada por ambos ejércitos y repartidos entre uno y otro cuerpo de combatientes vió ante sí padres, abuelos, preceptores, tíos, primos, hijos, nietos, cuñados y toda clase de parientes y amigos íntimos.

(2) En el Poema se cita a menudo a Krishna como avatar divino.

(3) Sobrenombre de Kunti.

Después de contemplar unos momentos a tantos parientes y allegados dispuestos a arremeterse con furia unos contra otros, sintióse Arjuna presa de dolor y compasión. Apoderóse de él un profundo desaliento y pronunció tristemente estas palabras:

—¡Oh Krishna! Al contemplar a mis deudos y amigos llenos de coraje e impacientes por empeñarse en una lucha fratricida, mi rostro se demuda, siento secárseme la garganta, un frío mortal corre por mis venas, mis cabellos se erizan y todo mi cuerpo se estremece de horror. Hasta Gandiva, mi arco fiel, se me cae de las manos, mi piel se abrasa, fáltanme las fuerzas para sostenerme, mi razón se confunde en un torbellino de ideas y en todas partes veo siniestros presagios. En verdad, no presiento la menor ventaja de esta horrible matanza. Dime: Cuando yo haya exterminado a mis parientes y amigos, ¿dónde encontraré la felicidad? ¡Oh Krishna! No anhelo la victoria, ni el trono, ni ansío tampoco los placeres. Porque, ¿qué es el trono y qué son todas las satisfacciones de la vida y aun la vida misma cuando aquellos para cuyo provecho anhelamos el trono, la dicha y los placeres están reunidos aquí, ante nosotros para trabar una lucha encarnizada, des-

preciando la vida y toda suerte de intereses? ¡Preceptores, padres e hijos, abuelos y nietos, tíos y sobrinos, cuñados, primos, padres políticos, amigos y aliados!... Así tenga yo que perecer en sus manos, no quiero verlos caer en el campo de batalla. No, ni aun cuando se me ofreciese el imperio de las tres regiones del Universo, y mucho menos por lograr el dominio de esta tierra miserable. Si matamos a los hijos de Dritarashtra, ¿qué dicha, qué satisfacción conseguiremos con ello. oh Krishna? Si atentamos contra su vida por muy crueles y tiranos que ellos sean, no dejaremos de cometer un crimen. Indigno sería, pues, de nosotros matar a unos parientes tan próximos. ¿Cómo podríamos gozar de un instante siquiera de dicha si nos convirtiésemos en asesinos de aquellos por cuyas venas corre la misma sangre? Que nuestros enemigos, con la inteligencia obsecada por la ambición no vean delito alguno en el exterminio de la propia familia, ni el menor crimen en una lucha entablada contra sus amigos y allegados, ¿es ésta una razón para que nos decidamos a cometer una acción tan execrable. nosotros que nos horrorizamos ante la idea de atentar contra la vida de aquellos con quienes nos unen los más estrechos lazos de

familia? Una vez rotos esos estrechos vínculos, desaparecen las tradicionales prácticas piadosas. De la abolición de esas prácticas piadosas surgen el vicio y la impiedad, las mujeres se abandonan a una vida licenciosa y de la licencia de las mujeres procede la confusión de las castas, de la que resultan las razas espúrias. La confusión de las castas es causa de condenación tanto para los corruptores de la familia, como para la familia misma. Hasta los antepasados, careciendo de las ofrendas de la torta y del agua debidas a sus manes, precipítanse en las regiones del Naraka, el infierno. A consecuencia del crimen cometido por los destructores de la familia, originando así la confusión de castas, extingüense para siempre las tradicionales ceremonias piadosas del hogar familiar y aun de toda la casta. Según enseñan los libros sagrados, el infierno será la eterna morada de aquellos mortales que son causa de la abolición de dichos actos piadosos. . . ¡Ay! Más valdría que los hijos de Dritarashtra, con las armas en la mano, cayesen todos sobre mí en el transcurso de la pelea, hallándome desarmado y sin que opusiera la menor resistencia, me matasen.

Apenas hubo articulado Arjuna estas últimas palabras, dejóse caer en el asiento de su carro situado entre los dos ejércitos y arrojó su arco y sus flechas, transido el corazón de dolor.

Al contemplar a Arjuna de tal suerte abatido y conturbado, con los ojos arrasados en lágrimas y el alma opresa por tan vivo sentimiento de compasión, Krishna le dirigió en estos términos la palabra:

—¿A qué viene, Arjuna, en medio de los azares de la pelea, ese cobarde abatimiento, indigno de un descendiente de la noble raza aria, que cierra las puertas a la gloria y a la inmortalidad? Hijo de Kunti, no te abandones a esa falta de firmeza y de virilidad que mal se aviene con un hombre como tú. Levántate, perseguidor de tus enemigos, y sacude ese vergonzoso desmayo de tu corazón.

—¡Oh matador de Madhú!⁴ —respondió Arjuna—. ¿Cómo tendría yo valor, en medio del combate, para disparar mis flechas contra hombres tan dignos de consideración como Bhisma y Drona? Preferiría ir mendigando por este mundo un bocado de pan con que sustentarme, antes que matar

(4) Demonio de las Tinieblas.

a unos preceptores a quienes debo respetuoso homenaje. Ya que al convertirme en asesino de tales maestros, por muy grande que sea la ambición que ellos tengan, todo cuanto pueda sostener mi vida y hacerla grata, estaría manchado con su sangre. No sé qué podría sernos más ventajoso: que nosotros extermináramos a nuestros rivales o que ellos nos exterminaran a nosotros, porque esos mismos que tenemos en frente airados y en actitud amenazadora, no dejan de ser los hijos de Dritarashtra, cuya muerte amargaría nuestra vida. Mi corazón compasivo se ve asaltado por el temor de cometer un crimen y mi razón, atormentada por la duda, se halla confusa y vacilante. A tí, pues, me dirijo, para que me saques de esta cruel incertidumbre. Yo soy tu discípulo. A tu protección me acoto. Y postrado a tus plantas, te suplico me instruyas con toda claridad acerca del partido que debo tomar. Porque nada veo capaz de mitigar el dolor que me consume aun cuando alcanzara un reino que no tuviese rival sobre la tierra o adquiriera el supremo dominio de las huestes celestiales.

Al terminar Arjuna esta frase, dirigióse de nuevo a Krishna diciéndole en resuelto tono:

—Govinda,⁵ no quiero pelear.

Krishna, con una sonrisa entre benévola e irónica, habló de esta suerte al príncipe que tan abatido y pesaroso se mostraba ante el enemigo:

—Te lamentas por quienes no merecen esa lamentación. ¡Vaya una sabiduría la tuya, Arjuna! El hombre versado en la ciencia espiritual, no tiene lágrimas ni para los muertos ni para los vivos, porque yo mismo jamás he dejado de existir, ni tú tampoco, ni esos caudillos que aquí ves, ni en adelante ninguno de nosotros dejará de existir. Así como el Espíritu que mora en este frágil cuerpo atraviesa en él la infancia, la juventud y la vejez, así también, tomando luego posesión de otro cuerpo, empieza para él una nueva carrera. Aquel que está firme en la sabiduría, no abriga dudas respecto de ello. Del choque de los sentidos con los objetos que les son afines nacen el calor y el frío, el placer y el dolor, los cuales, sujetos a constantes vaivenes, son efímeros y transitorios. Así pues, ¡oh descendiente de Bhárata!⁶ procura sobreponerte a tus sentidos. porque el hombre que consi-

(5) Pastor.

(6) Antepasado guerrero.

dera iguales el dolor y el placer y no se turba por estas circunstancias, este hombre, es el verdadero sabio y se hace acreedor a la inmortalidad. No hay existencia posible para el que no existe, ni puede cesar de existir lo que existe. La certeza de ésto aparece clara a los ojos de aquellos que perciben la verdad y escudriñan el origen de las cosas. De consiguiente, sabiendo que Aquel que desplegó el Universo y cuya esencia todo lo penetra es indestructible, ¿quién será capaz de anonadar lo que es inmortal e imperecedero? Estos cuerpos que aquí ves, frágiles y sujetos a la disolución, no son otra cosa que simples envolturas del Eterno Espíritu, indestructible e inconmensurable, que mora en cada uno de ellos. Por tanto, resuélvete a combatir. Están en un error aquellos que opinan que el Espíritu mata o se le puede matar, ya que es imposible que mate o muera. Nunca ha tenido nacimiento ni tendrá fin, porque no habiendo sido llamado jamás a la existencia, ¿cómo puede dejar de existir? Es eterno, indestructible, imperecedero, sin principio ni fin, y no se aniquila ni experimenta quebranto alguno cuando es destruída su envoltura mortal. Sabiendo pues que el Espíritu es eterno, indestructible e imperecedero y que no está sujeto

al nacimiento ni a la muerte, ¿cómo puede nadie creer que Aquel, el Espíritu, puede matar o ser matado? De la propia manera que desecha el hombre sus viejas vestiduras para ponerse otras nuevas, así también el Espíritu, después de abandonar su gastado cuerpo mortal, toma posesión de otros nuevos cuerpos. Ningún arma puede herirle, ni el fuego quemarle, ni el agua humedecerle, ni el viento marchitarle, porque es invulnerable, refractario al calor, inaccesible a la humedad y al aire insensible. Es eterno, universalmente difundido, permanente, incorruptible, inmutable, invisible e inexcusable. Tales son los atributos del Espíritu. Y puesto que de ello estás enterado, cesa, Arjuna, de dar rienda suelta al dolor. Pero aun cuando creyeres que el Espíritu se halla sometido al nacimiento o que fenece al morir el cuerpo, no por ello tendrías motivo tampoco para entregarte a tan amarga aflicción. Porque de igual modo que cuanto ha nacido debe morir, así también todo lo que ha muerto debe infaliblemente renacer. Por lo tanto, no debes apesadumbrarte por aquello que no está en nuestras manos evitar. De los seres sólo se conoce el medio; su origen y su condición final escapan a la percepción del hombre. ¿Tienes, por tanto,

razón de entristecerte por un motivo tan baladí? Unos consideran al Espíritu como una maravilla, otros hablan de él como de un prodigio, aquellos lo citan con asombro, pero nadie es capaz de formarse una idea del mismo. Siendo eterno e indestructible, no puede el Espíritu recibir daño alguno dentro del cuerpo deleznable en el cual reside. Así pues, no debes desconsolarte por criatura viviente alguna. Por lo demás, no eches en olvido las obligaciones inherentes a tu condición de guerrero y así te convencerás de que no debes vacilar un solo instante. Ya que, para un individuo de la casta *kshatriya* no existe deber más sagrado que pelear por una causa legítima. ¡Felices y afortunados, ¡oh hijo de Pritha!, aquellos a quienes su buena suerte les depara un combate tan glorioso como éste, que les abre de par en par las puertas del cielo! Pero si, olvidando las obligaciones de tu casta, te resistes a tomar parte en una guerra tan justa, faltarás a tu deber, harás traición a tu honor, y sobre tí pesará la responsabilidad de un tremendo delito. El mundo hablará de tí, pregonando sin cesar tu vergonzosa conducta. Y para un hombre bien nacido, la deshonra es peor que la misma muerte. Los jefes del gran carro creerán que si rehuyes el

combate es por cobardía y hasta aquellos que más ensalzaban tu fama y grandeza de ánimo, te mirarán entonces como un ser despreciable. Tus enemigos te recriminarán en términos que la lengua se resiste a expresar y harán escarnio de tu valor y de tus proezas. ¿Pueden caber ultraje y afrenta mayores? Si mueres en el campo de batalla, morirás cubierto de gloria y para tí se abrirán las puertas del cielo. Si triunfas, el dominio de la tierra será el galardón de tu victoria. ¡Animo pues, hijo de Kunti! ¡Levántate y decídete a pelear! Haz que el placer y el dolor, la suerte favorable y la adversa, la victoria y la derrota, sean para tí una misma cosa. Y así dispuesto tu ánimo, lánzate resueltamente al combate. Porque éste y sólo éste, es el medio de evitar un crimen abominable”.

Las palabras de Krishna devolvieron la tranquilidad y la confianza al atribulado corazón de Arjuna.

Se levantó del asiento, irguió su esbelto cuerpo, e invocando las viriles virtudes del *kshatriya*, puso con su fuerte brazo tenso el arco frente al enemigo que avanzaba, y disparó sus flechas contra el carro de Durvodhana, semeiante a una fortaleza. El falso

rey de los *kuravas*, torció el tronco exánime y cayó como una torre sobre la rueda de su carro.

Contagiados por el arrojo y el ardor de Arjuna, el más valiente de los arqueros, los príncipes *pandavas* arremetieron contra los jefes del bando contrario, destruyendo sus filas y sembrando el terror entre los soldados enemigos.

Una nube de flechas obscureció entonces el campo de batalla y sus silbos ahogaban los gritos de los heridos, el estertor de los muertos y los relinchos de los espantados caballos.

El carro veloz de Arjuna que Krishna guiaba sereno, semejante a un dios, atravesó todas las filas enemigas, sembrando la dispersión y derrotando al ejército de los *kuravas*.

La victoria más completa coronó la justa empresa de los valerosos hijos del viejo rey Pandú.

Después de la batalla, recorrieron toda la extensión del campo de Kurukshetra, invocando con sus voces los nombres gloriosos de los antepasados y luego entraron triunfal-

mente en la ciudad de Hastinapura, llevando por cortejo al pueblo entero, que no cesaba de aclamar a su legítimo rey y a sus amados príncipes.

IX

MISION Y MUERTE DEL ENVIADO

Cumplido su alto cometido como consejero y guía de su primo Arjuna, en el difícil trance de desempeñar ese príncipe su misión al frente de su ejército, volvió Krishna, por inclinación y por deber, a los menesteres y a la vida de su casta *brahmánica*.

Primeramente contribuyó en gran medida, con su intervención y sus consejos, al encauzamiento del pacificado reino de Doab, que tenía por sede real a Hastinapura, la "Ciudad de los Elefantes", gobernada por la justiciera dinastía de sus primos, los príncipes *pandavas*.

Cuando consideró que nada allí con verdad le requería, se despidió de sus parientes y de toda la corte y, acompañado de Dyota y Kovida, sus dos fieles compañeras, siguió sus místicas andanzas por toda la India, sem-

brando sus enseñanzas, predicando con sus ejemplos e infundiendo el verdadero espíritu de su casta, a los núcleos *brahmánicos*.

Su principal labor consistía en divulgar prácticamente la doctrina de la *yoga*, la unión directa del hombre con la Divinidad.

Sabía Krishna que al comenzar una nueva Era de civilización, todos los valores de la sociedad, amodorrados y caducos por la debilitación de la oleada de vida originaria, tienen que resurgir en su forma más pura y en una modalidad creadora. Por ello invocaba al dios supremo cuyo nombre era la divisa de la casta religiosa *brahmánica*.

Brahma era el dios creador, el dios de los puros orígenes, el que con su danza creaba los mundos y los seres. Ese aliento poderoso debía hacerse operativo a través de todas las modalidades espirituales que impregnaban la vida y que eran susceptibles de perfeccionamiento y de renovación.

Lo esencial era, ante todo, responsabilizar al individuo, convertirlo en mediador consciente de la voluntad *brahmánica*. Hacerlo un intérprete directo de la Divinidad.

Su misión pues, por lo que atañía a su casta espiritualmente directiva, debía tener necesariamente una tónica religiosa. Pero como *avatar* divino, como intérprete del Espíritu de la Nueva Edad naciente, ¿se proponía Krishna, en la plenitud de su inspiración y de sus facultades, fundar una nueva religión en la místicamente tradicional Aryavarttha, como muchos de los secuaces de su casta barruntaban? ¿O se limitaría, como creían los menos, a divulgar, adaptado y recreado, el ritual natural de los *rishis*, los santos antepasados, basado en las leyes inmutables del Universo y en los ritmos de la Naturaleza? ¿Erigiría templos, establecería órdenes, fundaría hermandades que sustentaran y aseguraran la divulgación futura de sus doctrinas?

Vehículo sutilísimo y apto para recibir y transmitir la divina voluntad en su momento histórico; dotado como poquísimos seres de facultades superiores a las del común de la humanidad, sabía Krishna, en su acendrada fe y devoción, que en los mismos individuos subyacen las grandes posibilidades para la gran revolución religiosa y mística de la que se sabía mentor.

Así que partió del fundamento esencial: el hombre como templo vivo, como dios en potencia, como actualizador, al convertirse por su propio poder e inspiración en célula transformadora de la humanidad, en ejecutor de la voluntad, no sólo de Brahma, el dios creador, sino de la Trimurti en su más alto y sublime significado; de Vishnú, como vehículo de un misterioso y trascendente gravitar histórico dentro de las manifestaciones del Espíritu y los medios de perfeccionamiento; y de Shiva, el divino dios destructor de todo lo inútil, lo caduco, lo digno de relegarse al pasado.

En ese sentido, sus predicaciones eran puras sugerencias, puras llamadas al poder creador y religioso de la naturaleza humana. Krishna, como todos los grandes transformadores, tenía una fe profundísima en el hombre. El se reservaba el toque silente de su despertar, a través de la danza, o de la llamada celeste de su música, o de la palabra rítmica y mágica de sus himnos. Obraba principalmente a través de la sugestión del arte, vehículo eterno de la divinidad, fórmula taumatúrgica de su transformación desde arriba, abriendo las puertas del pensamiento y de los sentidos, para que el Espíritu en-

trara por ellas en la morada humana, convertida en templo indestructible de la religión eterna.

En sus contactos, pues, con los adeptos de su casta, a través de sus constantes peregrinaciones, trataba de afinar el instrumento físico de sus oyentes como si fueran una mágica vina capaz de los más armoniosos acentos. Así desenvolvía sus facultades latentes, hacía operativa y eficaz su fe y ponía en juego todos los resortes secretos del humano perfeccionamiento.

Para tal logro, el método era la *yoga*¹ de la devoción.

Ello significaba, ante todo, convertir la mente en nexo del ser en su proceso meditativo, con la propia divinidad interior.

El dominio del pensamiento era el primer paso. A través de la mente se lograba la purificación de todos los cuerpos o vehículos del hombre, desde el físico a los más sútiles. De ese modo se llegaba, con el tiempo y la perseverancia, a transformar las cualidades negativas del individuo en positivas. Y una vez lograda esa acorde plenitud perfecta, po-

(1) Unión con la Divinidad.

día hablar el hombre en nombre de esa Divinidad, manifestada a través de sí.

Krishna no hablaba a sus discípulos más que en ese estado de transfiguración que le procuraba la práctica de la *yoga*.

En el momento en que se sentía poseído por la Gracia del Espíritu Cósmico, el dios hablaba por su boca.

Y decía:²

“Yo soy el sendero, el sostén, el Señor, el testigo, la mansión, el refugio, el amigo, el origen, la disolución, el fundamento, el receptáculo y la eterna semilla (espiritual) de todos los seres.

Yo me intereso vivamente por el bienestar de aquellos que Me adoran sin pensar en otro ser alguno, teniendo su atención siempre fija en Mí.

Aun aquellos que devotamente, llenos de fe adoran a otras divinidades, también a Mí me adoran. Porque Yo soy el Señor de todos los sacrificios y el que se complace en

(2) Para una más fiel interpretación de la enseñanza de Krishna, hemos elegido de algunos capítulos dedicados a la *yoga* de devoción, varios fragmentos del “Bhagavad-Gita” donde se patentiza su sabiduría.

ellos. Pero aquellos que no me conocen en Esencia, caen de nuevo.

Yo acepto las ofrendas de un alma piadosa que Me presenta una hoja, una flor, un fruto o agua, siempre y cuando esa ofrenda la acompañe una devoción sincera.

Por tanto, cualquiera cosa que ejecutes, cualquier alimento que ingieras, cualquier objeto que ofrezcas en sacrificio, cualquier don que hagas, cualquiera austeridad a que te sometas, hazlo como una ofrenda a Mi.

De este modo te verás libre de las cadenas de las obras y de sus frutos buenos o malos. Y dedicándote asiduamente al YOGĀ de la renunciación, en cuanto te halles liberado, vendrás a Mi.

Aquellos que con rendimiento me adoran, están en Mi y Yo estoy en ellos.

Aquellos que están exentos de orgullo y de error, que han vencido el mal de las ataduras e intereses, que se hallan constantemente concentrados en el Espíritu Supremo, que han extinguido sus deseos y se hallan libres de la influencia de los "pares de opuestos", denominados placer y dolor, no

son víctimas del engaño y se encaminan directamente a la meta perdurable.

Los hombres de corazón puro y asiduos en la meditación, ven al Señor instalado en ellos mismos".

Definía Krishna a los *brahmanes*, sus más allegados discípulos, las condiciones morales del individuo de su casta, definiéndolas a través de estas palabras:

"El hombre sin odio a ninguno de los seres vivientes, benévolo y compasivo, paciente en las ofensas, contento con su suerte, constantemente armonizado, dueño de sí mismo, firme en sus resoluciones, con la mente y el discernimiento fijos únicamente en Mí y devoto mío, aquel hombre goza de mi estimación.

El valor, la sinceridad, la pureza de corazón, la perseverancia en el YOGA de la sabiduría, la caridad, el dominio de sí mismo, el propio sacrificio, el estudio de los libros sagrados, la austeridad, la rectitud, la mansedumbre, la veracidad, la ausencia de cólera, la abnegación, la tranquilidad de espíritu, la benevolencia, la compasión por todos los se-

res vivientes, la carencia de deseos, la dulzura, la discreción y la modestia, la firmeza, la paciencia, la fortaleza, la pureza, el olvido de las ofensas, la falta de odio, de envidia y de orgullo. Esas son las dotes de aquel que ha nacido en condición divina.

El lenguaje moderado, verídico, afable y beneficioso, como la lectura habitual de los libros sagrados, se designan con el nombre de austeridad de la palabra.

La ecuanimidad, el dominio de si mismo y la purificación de la propia naturaleza, he aquí en qué consiste la austeridad de la mente...

Este era el meollo de las enseñanzas de Krishna a través de la India.

El influjo creciente de su palabra y de su presencia, ensanchaba cada vez más el ámbito de aquellos que creían en su mensaje y le consideraban una encarnación del Espíritu de las edades.

Las verdades predicadas por Krishna se hallaban como flotando en el aire renovador, como las puras semillas de la Era que

nacia para el mundo y cuya mística siembra pertenecía al oriente.

En su paso por aldeas y ciudades y especialmente en sus estancias en los bosques y las montañas, de ambiente más puro y diáfano, Krishna se consagraba, con sus discípulos, a las prácticas internas de la *yoga* de devoción y les mostraba sus prodigiosos efectos. Cuentan las crónicas que a menudo obraba milagros y se transformaba a su vista a tenor de las etapas ascensionales de esa escuela *brahmánica* que él recreó, manifestando los poderes y maravillas inherentes a su condición divina.

Entonces, todos se daban cuenta de que él era el *avatar* encarnado de la divinidad que por su medio se manifestaba. Ensalzaban y daban gracias al Altísimo por el privilegio que les concedía y sentían como si la presencia del Maestro eliminara de ellos las limitaciones, les arrancara la raíz del mal en sus más complejas y sútiles manifestaciones de odio y de egoísmo, y experimentaban una gran paz y una beatitud inefables como si el cielo se uniera a la tierra.

La palabra, la música y la danza constituían el sabio y gracioso corolario de esas

místicas meditaciones en las que tenía efecto la suprema unión del hombre con la Divinidad.

A través de los años y en forma creciente, revolucionó Krishna todas las viejas y decadentes formas de la religión del país purificando sus prácticas, vivificando sus ideas y sus símbolos, resaltando siempre su significado de enlace y sintonización con lo Còsmico, incorporando las prácticas devotas al viviente mensaje de la hora. Y enseñaba siempre que al principio de cada ciclo de civilización, el Espiritu se manifiesta directamente, renovando su simple y sonriente mensaje a la humanidad.

Poco a poco, esa superior vinculación vitalizaba todas las formas de la vida inda. Se iban manifestando las varias modalidades de renacimiento, como si un hálito invisible de primavera hiciera florecer el alma de todo el país.

Un incremento de la devoción colectiva acercaba cada día más los dioses a los hombres y la inspiración directa redundaba en múltiples, infinitos beneficios para toda la comunidad.

Ya sazónada su ingente obra, llegó Krishna a una avanzada y venerable edad. Se había convertido en el viviente ídolo de su pueblo, pero él jamás se atribuía el mérito de su inmensa labor y de su divina misión, porque sabía que en él actuaba el dios presidiendo la siembra y la cosecha espiritual.

En los años de su nobilísima vejez, Krishna apenas hablaba ni danzaba. Vivía como recluido en el templo de su propio cuerpo sumido en la *yoga* de una constante devoción y contemplación. Conectado con los altos mundos, sintonizado con los poderes que rigen las leyes superiores de la vida, transcurrían sus días en un estado de perpetua bendición y alabanza.

Los bosques umbríos eran escenario de sus místicos transportes. Su cuerpo se hacía entonces ingrávito, como si la tierra gozara anulando en su favor sus inexorables leyes. y flotaba como un gran ángel blanco, envuelto en su propia aura radiante.

Una noche infausta, hallándose sumido en una de esas profundas y dilatadas meditaciones, acertó a pasar por aquel lugar un cazador.



La flecha se clavó en el mismo corazón de Krishna,
inundado de inmenso amor.

De lejos y a los rayos engañosos de la luna, el leve perfil de la inmóvil silueta sedente del Bendito, medio oculta por la espesura y por el corpulento tronco del árbol que lo cobijaba, le pareció al codicioso cazador la presencia de una presa escondida.

Sigilosamente aprestó el arco y disparó en aquella dirección una flecha que, rozando silbadora la corteza del árbol, se clavó en el mismo corazón de Krishna, inundado de inmenso amor.

Al lúgubre pregón de la flecha asesina, acudieron solícitas al lugar donde agonizaba, sus dos fieles compañeras.

Semejante a una gran flor con el tallo segado, yacía Krishna inmóvil sobre el amoroso regazo acogedor de ambas mujeres, con los sonrientes labios lívidos, transfigurado por la meditación y la muerte.

La luna cándida bañó largas horas con su plata flúida, aquel grupo en blanco que la santidad y el silencio alzaban a paraíso.

Por toda oración, Dyota y Kovida acariciaban al esposo con sus finas manos sumisas. Era el simple rito del amor humilde de dos vidas consagradas por entero al servicio del Maestro de la Devoción.

ENSEÑANZAS DEL BRAHMANISMO

Tengo un origen resplandeciente como el sol. Nacido como en Kanwa en los antiguos días, adoro a Indra con mis cánticos que le incitan a manifestar su fuerza poderosa.

Sama - Veda

¡Oh dioses que recibís el sacrificio! Haced que podamos no oír ni ver sino lo que nos sea favorable... Que el Sol nutricio que conoce todas las cosas nos otorgue la prosperidad. ¡Oh divinidad triple y una! ¡Que Vrihaspati nos conceda los dones!

Sama - Veda

¡Oh Agni, soberano de la luz! Se te ofrece el sacrificio acompañado de los himnos sagrados, dios radioso, poseedor de toda alegría, destructor de enemigos, señor de los hombres.

Sama - Veda

¡Concedenos la fuerza, la sabiduría y el mérito!

Sama - Veda

¡Oh Indra! Otórganos aquel afecto que un padre siente por su hijo y danos la sabiduría.

Sama - Veda

El *soma*, que inspira la alegría, embriaga y encanta los sentidos. El nos trae los tesoros del cielo y de las regiones intermedias. Es el poseedor de todas las cosas, el señor del cielo, el que lo ve todo, el que se mueve en cien arroyos. . . . La divinidad color de oro se sienta en la casa de su amigo.

Sama - Veda

Procúranos el alimento que está en el cielo y en los aires. . . y concedenos la riqueza de la tierra.

Rig - Veda

¡Oh Agni! Tú eres el que da la felicidad, el mensajero de los dioses, y el que los invoca. Eres el protector de los mortales. To-

das las acciones buenas y duraderas que realizan los dioses, están en tí reunidas.

Rig - Veda

Agni es un tesoro maravilloso, como el Sol que lo ve todo, como un corcel que lleva a su jinete, como una vaca que da leche. Agni es radiante y puro.

Rig - Veda

Agni, que lleva las ofrendas, sube al cielo y reviste todas las cosas, aun la noche, de luz; radiante entre las divinidades, él comprende las virtudes de todas las substancias.

Rig - Veda

¡Oh Surya! Tú excedes en rapidez a todos los demás seres. Tú eres visible a todos, el manantial de la luz. Tú brillas a través del firmamento entero.

Rig - Veda

¡Oh Varuna! ¡Rompe las cadenas que nos atan en lo alto, en lo bajo y en medio, a fin de que podamos vivir!

Rig - Veda

Que los Maruts nacidos del gran esplendor nos protejan en todos los lugares y nos hagan dichosos.

Rig - Veda

Aguas, llevaos todo lo que haya en mí de pecado, todo lo malo que he realizado, sea pronunciando imprecaciones contra los hombres santos o adelantando mentiras.

Rig - Veda

Tres veces cada día reparáis las faltas de vuestros adoradores. Tres veces cada día regáis de dulzura la ofrenda. Tres veces por la mañana y por la tarde concedéis, ¡oh Aswins! alimentos que dan la fuerza.

Rig - Veda

Tus caminos están preparados desde innumerables edades. Se hallan exentos de polvo y colocados en el firmamento. Ven cerca de nosotros por esas rutas propicias. Protégenos y dignate dirigirnos la palabra.

Rig - Veda

Aquel que conoce la protección de este mundo y sabe cómo está asociado el superior al inferior y el inferior al superior, es un sabio.

Pero en este mundo ¿Quién puede exponer tales cosas? ¿De dónde ha salido engendrado el divino espíritu en su supremacía?

Rig - Veda

No se debe jamás manifestar mal humor aunque se esté afligido, ni tratar de dañar a nadie, ni siquiera con el pensamiento. No se deben proferir palabras heridoras que cerrarían la entrada del cielo al que las pronunciara.

Leyes de Manú

Que el brahmán que se dedica a alimentar el fuego sagrado, celebre los sacrificios de la luna nueva, de la luna llena y de los solsticios, sin agregar otras ofrendas.

Leyes de Manú

Con agua se limpian las manchas del cuerpo, con la verdad las del espíritu. La

santa doctrina y las austeridades limpian el principio vital. La inteligencia se purifica con el saber.

Leyes de Manú

Aquellos que perdonan a los que les injurian, son en el cielo honrados.

Leyes de Manú

No decir más que la verdad; decirla en forma agradable y jamás desagradable; evitar la mentira aunque resulte placentera. He aquí la antigua ley.

Leyes de Manú:

Un *kshatriya* nunca debe emplear en una lucha contra sus enemigos armas pérfidas.

Leyes de Manú

Yo acepto las ofrendas de un alma piadosa que me presenta una hoja, una flor, un fruto o agua, siempre que esa ofrenda vaya acompañada de una devoción sincera.

Mahabharata "Bhagavad - Gita"

Únicamente por medio de la devoción exclusiva a Mí se Me puede percibir, conocer en toda Mi verdad y penetrar en Mi esencia.

Mahabharata "Bhagavad - Gita"

Nada existe superior a Mí. ¡oh Dananjaya! En Mí se enlaza el Universo entero como enhebra un hilo las perlas de un collar.

Mahabharata "Bhagavad - Gita"

Yo soy sabor en las aguas, luz en el Sol y en la Luna, expresión laudatoria en los Vedas, sonoridad en el éter y virilidad en los hombres.

Mahabharata "Bhagavad - Gita"

Soy puro aroma en la tierra, esplendor en el fuego, austeridad en los ascetas y en todos los seres, vida.

Mahabharata "Bhagavad - Gita"

Yo soy la eterna semilla de todo cuanto alienta. Soy sabiduría en los sabios, poder en los poderosos.

Mahabharata "Bhagavad - Gita"

Cualquiera cosa que hicieres, el alimento que ingieras, el objeto que al sacrificio consagres, la dádiva que ofrezcas, cualquiera privación a que te sometas, hazlo como una ofrenda a Mí.

Mahabharata "Bhagavad - Gita"

El individuo que a nadie odia, compasivo y benévolo, desinteresado y libre de amor propio, inalterable en el placer y en la pena, sufrido, siempre contento y aplicado al *Yoga* (Unión con la Divinidad), dominado, de firme propósito, con el corazón y el pensamiento consagrados a Mí, aquel devoto es Mi bien-amado.

Mahabharata "Bhagavad - Gita"

Ocúpate en la obra exclusivamente y nunca en sus frutos. No sea el móvil de tus ac-

tos el provecho que te reporten, pero no te entregues, tampoco, a la inacción.

Mahabharata "Bhagavad - Gita"

Así como de una fogata irrumpen en mil direcciones chispas de naturaleza idéntica, así las criaturas de especies varias nacen del Indestructible y a El vuelven.

Upanishad - Mundaka

El (Brahma, el Dios supremo) resplandece en la infinitud de la vida, de la luz y el movimiento. El fecunda sin cesar el Universo por su íntima unión con el pensamiento creador.

Puranas

Escucha el himno del amor eterno.

Puranas

El verdadero *Gurú* (Maestro) es un hombre habituado a la práctica de todas las virtudes y que con el hacha de la sabiduría ha podado las ramas del árbol del mal y ahuyentado, con la luz de la razón, las tinieblas

en que se hallaba sumido. Sentado sobre la cima de las pasiones, opone a sus ataques un corazón tan firme como el diamante. Se conduce con dignidad y con independendencia. Tiene entrañas de padre para todos sus discípulos. No distingue amigos de enemigos. Contempla el oro y las gemas como piedras o metales fragmentados. Se desvela por desvanecer la niebla de la ignorancia en que viven sumidos sus semejantes.

Vedanta - Sara

Considera a tu madre como una diosa y a tu padre como a un dios. Trata con igual consideración a tu maestro y a tu huésped.

Taittiriyanopanishad

Roguemos al despertar al Dios supremo que descienda a nosotros diciendo: "Brahma está en mí y gozaré hoy de inalterable felicidad".

Agruchada - Parikchay

INDICE TEMATICO

I

Pág.

LA INDIA

Configuración geográfica — Variedad de climas — Dos triángulos yuxtapuestos — Ríos fronterizos — El Indo y el Ganges — El sagrado Himavat — La Morada de los Dioses — Leyenda de los cuatro lagos y los cuatros ríos — El cuerpo de Brahma — Las cuatro castas indo-arias — La inmensa llanura — Riquezas naturales — Flora y fauna — Los mares del sur — La rosada porcelana marítima — Maravillosa tradición.

II

NACIMIENTO DE KRISHNA

La India del norte — Primeras inmigraciones — Génesis y descripción de la raza — Los santos *rishis* — *Brahmanes* y *kshatriyas* — Un país con nombre de río — Colonizaciones arias — Las razas oscuras del sur — Orientales y occidentales — Ciudades florecientes — Adulteración de los primi-

	Pág.
tivos ideales — Postrimerías de un ciclo — El lenguaje de los acontecimientos — La tribu de Yadú — Kansa, el rey cruel — Invocación a las diosas — Videncia del <i>brahmán</i> — La virgen Devaki — Encierro y liberación — La comunidad de anacoretas — En la falda del Monte Meru — Amor de Devaki y Vasudeva — Idilio de la fuente — La maldad de Kansa — Nacimiento del Enviado.	17

III

JUVENTUD DE KRISHNA Y MUERTE DE DEVAKI

Hermosura y perfección del divino mancocho — Los apodos — Melancolía de la madre — Contemplación del hijo — Transfiguración de las cosas — Ofrendas de ternura — Como se cierran los nenúfares. . . — Muerte de Devaki — Desconsuelo de Krishna — Nostalgia — En busca de lenitivos — La solución paterna — La madre del río — Glorificación de lo eterno femenino.	35
---	----

IV

KRISHNA Y LAS GOPIS

Afán de enamorado — Un templo natural — La monodía de la fuente — El estanque de los lotos —	
--	--

Revelación de las flores — Los dioses que danzan	
— Primeras iluminaciones — Nuevos Himnos —	
Los tímidos afluentes — Crecimiento del Ganges	
— Las verdes praderas — Pastoras y rebaños —	
Diálogo con las <i>Gopis</i> — Las primeras discípulas	
— La magia de la música y del canto — Solicita-	
ciones — Alabando a los dioses — Las dulces ca-	
denas.	47

V

LA DANZA SAGRADA

La expresión rítmica — Requerimiento de las	
<i>Gopis</i> — El lenguaje de la danza — Significado	
de los <i>mudras</i> — Despertar espiritual de las pas-	
toras — Cada vez más luz — Las flores internas	
— Cariñosa despedida — Las discípulas preferidas	
— Declaración de amor — Las dos esposas — Him-	
nos Védicos.	67

VI

LA RUTA DEL GANGES

Por la margen occidental del río — Dádivas de la tierra — Retribución — Semejante al sol — Una senda de ensueño — La caravana de los elefantes

	Pág.
— Camino de Hastinapura — La regia dinastía — <i>Kuravas</i> y <i>Pandavas</i> — Malhadada apuesta — Ustrpación del poder real — Murallas de la ciu- dad — Encuentro con el venerable <i>brahmán</i> — “El cetro está en manos impías” — Allí reina la paz. . .	77

VII

ARJUNA

El santo refugio — “Tu mirada me ha llenado de gracia” — Alegría del corazón — “Señor, recibe mi danza en señal de gratitud” — La mágica ora- ción — Lenguaje sagrado — El bosque maravilloso — Ritual de invocación — El Señor del Universo — Ansia de perfección — El Príncipe despojado — Sentencia de Manú — El hallazgo del contento — Inmutabilidad — Los deberes de casta — “La na- turaleza te obligará a luchar” — Imperativos inex- tricables — Con el corazón puro — La llanura de Doab — “¿Quién mantendrá tenso mi brazo?” — El divino preceptor.	91
---	----

VIII

LA BATALLA DE KURUKSHETRA

El campo de batalla — Burla del sagrado jura- mento — El rey usurpador — Kurú, fundador de	
---	--

la dinastía — Indiferente al combate — Diálogo entre Krishna y Arjuna — Los dos ejércitos — Pregones de guerra — Desaliento de Arjuna — “¡No te abandones a la falta de firmeza!” — Cruel incertidumbre — “A tu protección me acojo” — La sonrisa de Krishna — “No quiero pelear” — La ciencia espiritual — Lo impercedero — Muerte y renacimiento — La condición guerrera — “¡Lánzate resueltamente al combate!” — Realzamiento y arrojo de Arjuna — El triunfo. 109

IX

MISIÓN Y MUERTE DEL ENVIADO

Deber de *brahmán* — Una era comenzaba — Las prístinas fuentes — Misión religiosa — La nueva mística — El hombre. templo vivo — Enfoque espiritual — La doctrina de la *yoga* — Palabras de sabiduría — Las predicaciones — La semilla de las edades — Prácticas de devoción — Avatar de la Divinidad — Cielo en la Tierra — El viviente mensaje de la hora — Primavera invisible — Gloriosa ancianidad — Noche infausta — La flecha del cazador — Muerte de Krishna — El rito del amor humilde. 127

X

ENSEÑANZAS DEL BRAHMANISMO. 141